

①

Cossio

Saulo

Amiga e amigos

cordialmente

M. M.

11

JOSE RIAL



Entre el odio y el desprecio
La herencia del tío Francisco
Memorias de un solitario

ST/Carania

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>481392</u>
N.º Copia	<u>481394</u>

TENERIFE
1935

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- "Las dos Martas"**. Novela. (Agotada).
"Teatro". Tomo I. (Agotado).
"Idolos". Drama en 2 actos.
"La dicha que se vá". Comedia en 2 actos y un prólogo.
"Colombina, Arlequín y compañía". Monólogo en medio acto.
"La ley de los hombres". Comedia en 2 actos.
"Isla de Lobos". Publicada en la colección "Nuestra Novela". Novela corta.
"Maloficio". Novelas mayoreras. (Agotada).
"Frutos tardíos". Versos.
"Entre el Odio y el Desprecio". Novelas.

EN PREPARACION

- "Crimen inútil"**. Novela.
"Teatro". Tomo II.
"Cuento de Amor". En siete estampas.
"Colombina inmortal". Comedieta en tres cuadros.
"Aislados". Drama de la vida en Faros. Dos actos.
"Las Comedias del Mundo". Comedia dramática en tres actos y un prólogo.
"Triana-Vegueta". La novela de Las Palmas.
"El Polizón". La novela del puerto.
-
-

Este libro es propiedad de su autor, que ha hecho el depósito que marca la Ley.

"ENTRE EL ODIOS Y EL DESPRECIO".

**A Eduardo Zamacois, el gran
amigo, que ha paladeado to-
dos los sabores de la Vida.**

EL AUTOR.

INTROITO INDISPENSABLE

Esta Novela breve tiene una historia larga. Como todas las Novelas. En las que se concentra, casi siempre, la vulgar historia de un hombre, de una familia, de un pueblo...

La Historia que engendró esta Novela, es mía. Es la de mis cuatro años enfervorecidos de campañas aliadófilas. La de los mil artículos que dediqué a defender a los aliados, sacrificando a este ideal algunas cosas, de las que solo mencionaré la menos importante: yo habría podido triplicar mis ingresos de entonces con una hábil conversión que me fué solicitada reiteradamente, a la causa germanófila. Y mi balanza económica se resumía por aquellos tiempos as: cuatro hijos; 28 duros de sueldo mensual. Y no quise.

Fuí de "Los que no fuimos a la guerra",—esa historia novelada en que Fernández Flórez ha puesto en ridículo unos afanes que habrá que constatar en la otra Historia de España en su día—. Porque la Gran Guerra nos enseñó a los españoles algo, además de Geografía:—Política Internacional contemporánea—de la que no sabían ni tenían el más leve atisbo, nuestros Hombres de Estado de entonces. Y el pueblo español, con su maravilloso autodidactismo, supo percibir y adivinar el desairado papel de su estúpido aislamiento, a través de los torpedeamiento y

los contrabandos. De los intervencionistas vendidos y de los neutralistas acobardados.

Por aquel entonces, cuando resonó el fragor de los cohetes del Armisticio como un voltigear de campanas que llamaran al "Angelus", a la oración de la tarde, del descanso, de la paz serena, yo publiqué en EL TRIBUNO este artículo, que resumía esa labor entusiasta de cuatro años:

BALANCE

Cuatro años de campañas aliadófilas

Quisiéramos escribir ahora con una gran serenidad. La alegría del triunfo es una suerte de embriaguez, y la embriaguez siempre es brutal.

Por eso deseáramos que el efecto de las buenas nuevas en nuestros sentimientos, que la calma serena de nuestro espíritu en estos días, se reflejaran en las cuartillas, para que contrastaran con la exaltación de los interesados, de los aliadófilos del "tanto por ciento"; de los que han puesto sus simpatías, como sus dineros, en una carta, a ese albur; de los que han aprovechado el horno de la Guerra para cocer su pan; de la turba officiosa y servil que procura gritar muy alto, para que los señores recompensen el exceso de celo...

No hemos ido al Puerto en estos días. No hemos querido ir... Sabemos, si, que ha habido manifesta-

ciones, músicas, gritos y banderas... Lo sabemos como sabemos que se han disparado cohetes: porque los hemos visto elevarse en el aire, pero sin escuchar el ruido. Y esto de no oír, de sentir en torno este silencio de La Isleta dormida bajo el sol, y este rumor del mar allá abajo, me hace rememorar más hondamente; me trae a la memoria el comienzo de mis campañas aliadófilas, hace cuatro años, iniciadas también, entre el silencio de la tierra y el rumor del mar, en el aislamiento de mi vivir, en el Isote de Lobos.

Como entonces, ahora, puedo cojer la pluma: con la misma honradez y sinceridad. Con igual impulso espontáneo, sin salvedades, sin reservas, sin reticencias... Nada ha cambiado en mí. Y es singular como, en este vertiginoso rodar de hechos, de vidas y de honras, he conservado mi mismo puesto.

¿Por insignificante?... Tal vez... Pero esta misma insignificancia me enorgullece. Yo habría podido cambiar de ideas, es decir, de ideas nó, de campo, fácilmente, puesto que, al hacerlo, mi apostasia habría quedado en una discreta penumbra; y como tengo medios para poderlo demostrar si hiciese falta, debo añadir que con ventajas para mí, y no he querido...

Pero esto es natural, y si lo cito es como de paso y sin darle importancia. Lo que si quiero hacer constar otra vez, como lo hice hace dos años, es que aun no he pedido nada a cambio de esa constancia, de la que no pocos, que han estado a punto de cambiarse la camisa cien veces, harán ahora un mérito.

¡Cuatro años!... Durante ese tiempo he escrito sin.

descanso en EL TRIBUNO en favor de los aliados, aplaudiendo sus aciertos y censurando sus faltas— como lo he hecho con Francia con motivo del proceso de Malvy, como lo haré con Italia y tal vez con Francia otra vez cuando se discutan las condiciones de paz, si la ambición las impulsara a pedir territorios, o tributos excesivos—; procurando sostener mis convicciones con razonamientos, y hablando fuerte y claro únicamente cuando la fé se perdía; cuando “los cucos”—que así titulé aquel artículo—procuraban arrimarse prudentemente al sol que calentaba más.

¡Cuatro años!... Durante ese tiempo no he dejado la pluma ni un momento, pero está tan limpia como cuando la tomé el primer día. Ella, en su humildad, ha hecho cuanto ha podido, en su escasa esfera de acción, pero no ha ofendido, no ha injuriado, ni se ha humillado, ni ha adulado a nadie.

Yo no he pedido en esos cuatro años, para mí, un solo favor ni una sola merced; y aquí, donde ciertos entusiasmos se cotizan como letras al portador, yo no “he aceptado” un solo papel de esos.

Y si mi mano ha estrechado, honrándose al hacerlo, la mano de un inglés,—Mr. Pavillard,—es porque al pretender yo hacer un beneficio, me encontré con él, como siempre se encuentra, cuando se trata de hacer un bien a los pobres del puerto, a ese noble extranjero.

¡Cuatro años!... Larga y dura ha sido la jornada, pero estoy satisfecho. Nada he ganado en posición en lo material, pero nada he perdido tampoco. Ten-

INTROITO INDISPENSABLE

go la misma honra y la misma renta, que cuando empecé...

.....
.....

Este fué el artículo que publiqué el 18 de Noviembre de 1918, en los días jubilosos del armisticio... Y muy poco después empezaba el chalaneo de la llamada "Paz de Versalles" que ha incubado las futuras guerras. De esa Paz en que Francia empequeñeció tanto el gran espíritu de su Revolución, que nos había convertido en aliadófilos, que hizo posible que su altura moral magnífica la personificara un Clemenceau...

Y el desengaño, el dolor, la desesperación de haber invertido cuatro años de mi vida, los más puros, los más nobles, los más entusiastas, en una labor que veía esterilizada y deformada por una concepción mezquina, me hizo escribir esta Novela.

Esta no es, y yo lo sé, la Francia inmortal de los Girondinos del 93. Esta es la Francia minúscula, burguesa, calculadora y cominera, de ciertos tipos de Balzac. Pero que existe y se mantiene a través de las épocas. Existe y pretende seguir perdurando, y para evitarlo hay que clavarla en la picota. Como a esa España que aun se obstina en supervivirse.

Para que, cuando resuene de nuevo el hallalí, y lancen sus jaurias hululantes los aprovechados, a la caza de las ilusiones y los ensueños que nos mueven a los románticos y nos impulsan a la acción, hayamos aprendido a sonreír con la sonrisa amarga, de irónico desdén, conque, después del Tratado de Versalles, pensé y escribí esta novela "Entre el odio y el desprecio".

JOSE RIAL

Ya lo dijo en su ocasión, cuando el monstruo ancestral clavaba sus garras aceradas en las entrañas de la Humanidad, Amado Nervo, en versos magníficos:

"Poeta, tu no cantes la Guerra...

"Sé inactual...

La guerra para los buitres y para las hienas...

Faro de Anaga, Junio de 1935.

Aquella velada, el salón del principal de la Señora Dupont, estaba muy concurrido. El Sub-prefecto había recibido unos pliegos que lo tenían muy preocupado, y hablaba en voz baja, de pié, dando la espalda a la chimenea apagada y ante el gran espejo, donde se recortaba su calva "segundo imperio", y el escorzo de sus patillas, con el Coronel Mouton, un viejo "africano", lleno de achaques y de cicatrices, no todas guerreras, culotado por el sol de Argelia, y enverdecido por las calenturas del Senegal, como un bronce antiguo.

Los demás formaban un grupo aparte por discreción. Las chicas de la Señora Dupont se habían reclinado con los tres capitanes jóvenes en un rincón, donde se oían, de rato en rato, risas ahogadas. Marta, lírica y sentimental, dejaba deslizarse los dedos por las teclas del piano... y, tras un acorde, se hizo un silencio momentáneo e intenso, y las voces del Sub-prefecto y del Coronel, diluidas en la música, se oyeron claras y distintas:

—¡Pero eso es la guerra!...

—Sí; ¡la guerra, al fin!...

Las palabras quedaron flotando un momento en el aire... y aunque después se elevaron y fueron a perderse en la densa niebla del humo que se acu-

mulaba en el techo, parecieron cincelarse en la atmósfera densa con trazos permanentes y visibles.

El silencio duró lo suficiente para que los dos interlocutores se diesen cuenta del efecto que su imprudencia había causado. El Sub-prefecto se puso aun más pálido, y al coronel se le entenebreció de tal modo la piel tostada y enverdecida, que adquirió un tono arqueológico.

—Señores...—el Sub-prefecto hizo una leve pausa; en la mano, blanca y cuidada, le temblaba el cigarrillo...—Todos somos aquí buenos franceses... Todos amamos a Francia...

(Martá, nacida en Orán de padre valenciano y madre argelina, subrayó enérgicamente esta declaración patriótica.)

—Las palabras que habeis oído, y de las que asumo la plena responsabilidad, dichas aquí, propaladas desde aquí... (la Señora Dupont inició un gesto que sorprendió la atención vigilante de S. S...) como desde otro lugar que no sea la Sub-prefectura, darían lugar a comentarios muy desagradables... Yo ruego a todos, en consecuencia, yo exijo, en nombre de Francia, a la que todos amamos de distintas maneras pero con el mismo apasionado amor,—v aquí los ojos de águila de S. S., cuyas cejas negras eran verdaderamente caudales, se fijaron en Rubén Trochú, Director de "La Justicia Social"—... yo solicito de todos un día de tregua en nuestras luchas interiores. Un día de paz y de suspensión de armas. Un solo día... El tiempo suficiente para que estas declaraciones tengan carácter oficial.

—El Sr. Coronel ha de dar sus órdenes. Yo he de tomar mis medidas... Solo un día, señores, de silen-

ENTRE EL ODIOS Y EL DESPRECIO

cio, de fraternal comunión en este secreto de Estado...

La Señora Dupont tendió en torno una mirada dominadora de General en parada, que imponía a las chicas la consigna más severa.

La plana mayor del Regimiento, inmovilizó los rasgos endurecidos por las campañas coloniales y puso una cara feroz. Y los jóvenes Capitanes se cuadraron rígidamente como manda la Ordenanza: el pecho saliente; la mirada fija a cuatro pasos; los brazos pendientes a lo largo de la costura del pantalón y los pies abiertos en un ángulo de sesenta grados.

El Dr. Le Blanc, Mr. Courtois y el Sr. Freicinet,— que firmaba "Froissart"—se pusieron respetuosamente en pié. Y el Director de "La Justicia Social", el batallador Trochú, extendió el brazo en un ademán solemne y tribunicio, como si prestara juramento ante un ara invisible.

Hubo otro instante de silencio augusto, impresionante... Y Marta, electrizada por la emoción, no pudo contenerse, y de sus dedos brotaron, a raudales, las magníficas estrofas del himno de Rouget:

"Allons enfants de la Patrie,
"le jour de gloire est arrivé"...

...Así nació en Breché "La Unión Sagrada"...

II

Breché es una ciudad antigua, que tiene de guarnición un Regimiento, como tiene una Sub-prefectura: por motivos históricos. Los motivos del Regimiento son perfectamente visibles en su castillo, que aun ostenta las huellas de las bombardas españolas, aunque los maliciosos las atribuyan a causas más naturales y mucho menos gloriosas. Los motivos de la Sub-prefectura exigirían mayor espacio del que disponemos.

El hecho es que Breché posee esas dos instituciones: la Sub-prefectura, que aumenta su importancia, y el Regimiento que mantiene floreciente, continuando la tradición napoleónica, el comercio local, y esas varias industrias que la presencia de un Regimiento coloca entre las de primera necesidad.

—Entre todas las “casas” de Breché,—decía el Caporal Turquet, que era hombre muy entendido en la materia—, la de la Rousell será la más lujosa, pero la de la Dupont es la más respetable.

Aquel salón burgués con sólidos muebles antiguos de corte provinciano, enternece a los veteranos y les traía añoranzas de los lejanos departamentos donde transcurrió su infancia entre muebles parecidos. Y la Señora Dupont, que se había hecho una cabeza en consonancia con sus muebles, sus tapices, su alfombra, su reloj y su juego de chimenea, acaba-

ba de completar el cuadro con aquel "no sé qué" de gran señora con que recibía a los clientes.

Aquello era un salón, el último salón literario de la Francia, quizás, puesto que en él se reunían, en amable y discreta tertulia en torno al fuego, en las largas veladas del Norte, con Mr. Courtois, el mayor contribuyente de la ciudad, el Sr. Le Blanc, conocido y estimado en veinte leguas a la redonda; Mr. Blois, el rico propietario; la plana mayor del Regimiento; el Sr. Freicinet, que firmaba con el nombre de "Frois-sart" sus crónicas de "La Croix", el gran periódico departamental; Trochú, el periodista de batalla; y el Sr. Sub-prefecto, Mr. Bouchard, todos célibes, maniáticos y con pequeñas ridiculeces inofensivas; pero todos galantes, bien educados a la francesa, y con una especie de enternecimiento por este rincón acogedor en la existencia obscura de la vieja ciudad provinciana, encastillada en sus prejuicios.

En el otro salón del piso segundo, que se había alargado derribando los tabiques, se permitía otro género de licencias, y la juventud de la clase media aprendía a conocer los dulces misterios de la vida del libertinaje y tenía en él un reflejo de los music-halls monmartreses. Las chicas, las mismas chicas modosas del salón de arriba, se sentían infinitamente más sueltas y más libres en este "salón de los tentientes", tapizado con un claro papel florecido de rosas y de ninfas, entremezcladas con sátiros barbudos, muchas luces, divanes y espejos comprados por metros, y el piano de rigor.

Luego había, en el piso bajo, otras salas oscuras de día y brillantes de noche, decoradas con un lujo estrepitoso y falso, que atraía a las clases y soldados, adonde solo descendían las muchachas de

arriba en las grandes fiestas del año, en que los otros salones estaban desiertos, porque sus habituales concurrentes tenían que cumplir sus sagrados deberes con la Sociedad.

La disciplina era suave e inexorable, a la francesa. Las voces, que en el piso bajo se desataban y recorrían toda la escala de sonidos, desde la cólera a la embriaguez de la alegría, en el segundo conocían el tono agudo de las risas y las canciones frívolas, que dicen mejor a media voz, y en el principal se asordaban y se hacían discretas, porque Breché no es París, y la Francia es todo lo más opuesto que existe a Monmartre.

La Señora Dupont había establecido estas reglas fijas e inmutables, extraídas de una larga experiencia. Ella fué subiendo de piso a medida que envejecía, desde el bajo,—y había quien murmuraba que de mucho más bajo todavía, aludiendo a la gran plaza ante el cuartel que hacía una hondonada. Primero alquiló un departamento; luego un piso entero; mucho más tarde el segundo... Hasta que al retirarse la Sra. Martín, su antecesora, le cedió el edificio—un antiguo caserón del siglo XVIII que los viejos de la ciudad rememoraban con la misma sonrisa picaresca que habían visto desbridar los labios de sus abuelos, con esa perduración que tienen en la Francia provinciana, católica y realista, esas instituciones venerables—con la conciencia satisfecha de que lo había dejado en muy buenas manos.

Y la Señora Dupont había respondido a esta confianza extendiendo su vasto y mixto imperio a la casa inmediata, donde vivían un odontólogo y una modista: auxiliares preciosos...

III

Al día siguiente era el primero de Agosto. Había sido asesinado Jaurés y con él la última esperanza de una reacción pacifista en Francia. En la Sub-prefectura y en la Alcaldía se habían fijado los Bandos ordenando la movilización, y la ciudad, dormida en la perezosa quietud de los años de paz, se estremeció como un viejo caballo de guerra que oye la marcha de su escuadrón.

En la plaza de la República dos docenas de "camelots du Roy"—que es el florecimiento romántico de la juventud burguesa de provincias, cuyo sueño es injertar en el tronco de una Casa feudal,—iniciaron una manifestación que la policía hizo engrosar con los transeuntes, encauzando hábilmente la circulación. En "La Croix", el Sr. Freicinet,—siempre con la firma de "Froissart",—publicó un artículo vibrante predicando "la santa cruzada contra el enemigo secular", el olvido de las rencillas intestinas, y la persecución de los antipatriotas. Y "La Justicia Social", sin renegar de sus convicciones, antes afirmándolas con los nuevos deberes, alentó a la muchedumbre a alistarse en los gloriosos ejércitos que iban a combatir por la Paz, la Libertad y la Civilización...

El Pueblo se preparaba, mudo y sombrío, al sacrificio, que le hacía presentir terrible su instinto seguro de animal grande y fuerte. El Regimiento debía partir dos días después, llevándose de cada casa una esperanza:—el novio—o una realidad viva

y sangrante:—el hijo carne de la carne; el hijo único al que se sacrificaron tantas cosas: el hijo-soldado...

Los oficiales no arraigaban allí. La vida de guarnición en esta capital de tercer orden, se les hacía "imposible" a los seis meses. La aristocracia, católica y monárquica, se casaba entre ella, desdeñando a los oficiales de la República; y la burguesía, que lo pagaba, no tenía por el ejército ningún entusiasmo, lo que alejaba la perspectiva de una buena boda. El terrateniente pasaba en la ciudad muy pocas horas, preocupado con sus sembrados y viviendo en sus "castillos", como pomposamente se llamaba a las granjas, como se llamaba la torre al palomar; y el industrial y el comerciante casados hacían sus escapadas a París, "por los negocios", dejando a la señora aburrida, melancólica y sentimental, en casa. Afortunadamente, la Señora Dupont intervenía piadosamente... Sin ella, sin su actividad y sus relaciones, ¿qué habría sido de esta brillante juventud militar desterrada en ese "agujero" de Breché?...

Solo el Coronel y la plana mayor, encurtidos en la vida de las colonias, que han hecho famosa la heroica galantería francesa en todas las regiones del planeta, mantenían, entre las tinieblas de esta existencia de roedores, como las botellas de rancio vino en las bodegas, el tradicional buen humor francés.

El dogma de la austeridad no se había revelado todavía, y el combate se les ofrecía, en estas horas preliminares, con la apariencia colorista y espectacular de las viejas batallas, eternizadas en sus gestas heroicas por los cuadros de Meissonnier.

ENTRE EL ODIO Y EL DESPRECIO

Y era una compensación muy dulce de las fatigas guerreras que les aguardaban, esta magnífica fiesta de despedida que improvisó la Señora Dupont. Nada pudo comparársele. Ni el vino de honor del Casino; ni el banquete del Ayuntamiento; ni... Nada. ¿Que quiere decir nada?...

Fué en el salón del segundo piso, el más amplio de la casa. Piezas de raso rojas, blancas y azules, cubrían las guirnaldas de rosas, los sátiros y las ninfas fugitivas. Cada testero una bandera francesa. Y en los ángulos haces de las otras banderas de las Naciones aliadas: la gran Rusia, la pequeña Bélgica, la valiente Servia, surmontadas por coronas de roble y de laurel. La Gran Bretaña, todavía dudosa, se reservó para coronar el "pudding" en una espiritual alusión, que fué muy celebrada.

Las chicas ostentaban disfraces alegóricos. Blanca y Luisa, las dos hermanas que estaban de luto, representaban la Alsacia y la Lorena. La Señora Dupont encarnaba una Argelia opulenta, sumida en la perezosa quietud de su prosperidad. Bibi, la senegalesa,—una estatua de bronce—, resumía el Africa. Y Marta, con una cota de mallas y un casco del Teatro Municipal, reproducía la figura de Rude en el grupo del Arco de la Estrella, cantando "La Partida" con su magnífica voz de soprano.

El Teniente Bourget, que la encontró muy original en este disfraz que completaba su belleza arrogante, se la quiso reservar, pero ella se negó: aquella noche histórica no podía conceder exclusivas; se debía a todos. Y como a todos se les antojó muy apetecible, la pobre chica tuvo una noche verdaderamente heroica.

La Alsacia y la Lorena también se vieron muy co-

diciadas y la pobre Cosette, que encarnaba la Bélgica con su belleza núbil, conoció, prematuramente, todos los horrores de la invasión.

La Señora Dupont prohibió que se cobrara a los señores oficiales, y las grandes salas del piso bajo tuvieron para las clases de tropa la misma amplia y generosa hospitalidad. Y cuando a los postres de la cena el capitán Rotrou pidió champán con su voz de cliente, la Señora Dupont, muy digna, hizo traer unas botellas de viejo Borgoña, venerablemente tapizadas de antiguas telerañas y engalanadas de cintas con los colores nacionales: un Borgoña del 70.

—Nada de champán, exclamó. El champán es el vino del placer y de la alegría y estas son horas de dolor. Borgoña del 70, de hace cincuenta años... regado con la sangre de los héroes y de los mártires...

Y brindó:

—Por ellos, por nuestros muertos gloriosos, entre los que está mi padre... (No dijo porqué e hizo bien. El señor Dupont murió, efectivamente, el 70, en París, de "deliriuns tremens").

Todos levantaron las copas en honor al héroe desconocido, y la mesa tomó en este momento solemne un aspecto oficial. Acababan de salir del Casino con sus uniformes de gala y sus condecoraciones, y solamente el Sr. Freicinet, como viejo amigo de la casa, se presentó de americana. El Sub-prefecto conservaba el frac; y Trochú, que había pedido un fusil desde las columnas de "La Justicia Social", estrenaba su capote de soldado por un refinamiento de coquetería, y las muchachas se morían por él.

El coronel brindó, a su vez, por la Patria; el señor Freicinet por la fé que salvaría a Francia; y Trochú tronó contra el tirano de Alsacia y Lorena, y alzó

ENTRE EL OUDIO Y EL DESPRECIO

su vaso entonando un canto a la Libertad de los pueblos oprimidos. Las chicas lloraban. El Borgoña regado con la sangre de los héroes y de los mártires, prendió sus llamas en las venas de los bravos guerreros y provocó juramentos de amor y de eterna fidelidad...

IV

Veinte días después, el Regimiento pasó por Breché en franca retirada. Había perdido casi todos sus capitanes y jefes y más de la mitad de sus efectivos. Lo que quedaba de la ciudad—el pueblo, porque las gentes acomodadas habían huído aterradas por los horrores de Bélgica,—se lanzó a la calle a contar sus muertos en los huecos formados en las filas por la metralla alemana, que se oía zumbear muy cerca, picando la retaguardia del ejército francés, como una granizada de acero que destruye una prometedora cosecha en flor.

Habían caído muchos,—¡muchos!,—y los que volvían, ¿cómo volvían?... Sucios, hambrientos, y rotos. Rotos por fuera y aun más rotos por dentro, como si se hubiese destruído para siempre en ellos la hermosa confianza de la Juventud.

Es terrible el efecto de una persecución tan obstinada en un ejército. Estas máquinas, compuestas de tantas y tan distintas piezas, acopladas para el ataque, se desconciertan en las retiradas. Y los hombres, aislados del enorme artillugio, se sienten muy pequeños e inermes ante el otro monstruo, que avanza rígido, compacto, fatal e inexorable.

Este día, la ciudad sufrió todos sus dolores de madre. Los heridos la invadieron. Habían soportado las penalidades de la retirada por llegar hasta allí, y caían, en una agravación súbita, en los brazos amorosos tantas veces evocados en el largo éxodo. Afortu-

nadamente no faltaban hospitales: solo hubo que ocupar las quintas de los grandes propietarios; los "castillos" esparcidos por la verde campiña, entre las pomaradas.

Aunque huyeron abandonando la ciudad a sus destinos, no les faltaron madres a sus hijos. Las del pueblo los prohicaron a todos, pobres y ricos, con el mismo amor. Y faltaban ya tantos,—¡tantos en solo veinte días, Dios mío!...,—que aun sobraron madres.

Y hermanas... Francia todavía se permitía ser sensible, y a las chicas de la Señora Dupont se las autorizó para que visitasen a sus conocidos. Y los movilizadas de la reserva,—buenos padres de familia barbudos y panzudos, que habían olvidado la severidad militar, si es que se dieron cuenta de su importancia en los años felices de paz en que sirvieron,—sonreían paternalmente cuando advertían los pequeños contrabandos de tabaco y de frutas para los heridos.

La Señora Dupont reclamó a Trochú, al gran Trochú que no tenía familia, y que fué herido en un brazo, y lo hospitalizó en la alcoba del segundo piso de la casa vecina, que, con la fuga de las familias ricas, no rendía ninguna utilidad. Marta se convirtió en su enfermera, y él, magnánimo, se dejaba adorar.

Habrían querido tener un teniente, pero el Subprefecto no se atrevió. Temía a Freicinet y a la "La Croix", que, cada día más autoritaria y gubernamental, predicaba la Moral y las buenas costumbres y anatematizaba las abominaciones que habían debilitado a Francia.

Las chicas seguían visitando a los amigos en las quintas, y llevándoles golosinas y regalos. Las señoritas enfermeras pertenecían a familias modestas

que no temían el contagio ni habían aprendido a escandalizarse. Y Blanca, Luisa, Cosette y Bibí les llevaban todos los jueves y los domingos sus presentes, vestidas modestamente, como novias.

V

Los primeros días de septiembre siguieron pasando tropas, caravanas de automóviles, y trenes larguísimo cargados de pertrechos de guerra, que huían hacia el Sur... Luego la artillería, loca, furiosa, atropellándolo todo, y reproduciendo las viejas estampas clásicas: la boca de la pieza vuelta al enemigo, y aun amenazadora, como una fiera pronta a la acometida, con las uñas luminosas de las chispas al saltar sobre el adoquinado de las calles... Y la avalancha de las tropas desordenadas ante el alud arrollador de las masas enemigas, que las guerrillas procuraban contener, intensificando hasta el paroxismo el chisporroteo crepitante de los fusiles y las ametralladoras.

La consigna era retroceder, aguantar, ganar tiempo a costa del espacio... pero un grupo, en un rasgo de generosa exaltación, se encerró en el castillo, y este gesto desesperado, aisló la ciudad. Los alemanes, detenidos por este obstáculo inesperado, la desbordaron continuando el avance. Y en el centro de los dos grises ramales, constelados de las escamas picudas de los cascos, se mantuvo enhiesta, en el viejo castillo medioeval, la bandera tricolor de la República.

Fué este episodio olvidado, como una gesta de los tiempos pasados renovada y revivida. El castillo ocupaba una colina, que era el punto más alto de toda la llanura, suavemente ondulada y florecida. Los defensorés sumaban apenas cien hombres, pero dispo-

JOSE RIAL

nían de dos baterías, que fueron las que los obligaron a refugiarse allí para no dejarlas caer en poder del enemigo. Y su fuego formó en torno a la ciudad aquel cinturón de salvamento, que bordeaban las serpientes de acero.

Cuando emplazaron la primera batería enemiga, no se cuidaron de responder a sus disparos. Seguían obstinados en su afán de hacer bajas; de lograr el reflujo de la corriente inexorable. Sabían que iban a morir, y querían sacar de su sacrificio el mayor provecho posible para su Patria.

Los proyectiles alemanes cayeron al principio sobre la ciudad, alargando al tiro intencionadamente para producir ese "saludable terror" de que hablan los tratados de táctica; pero, aunque causaron destrozos y víctimas, la ciudad mantuvo, impassible, sus tradiciones seculares, y la curiosidad fué en sus habitantes más fuerte que el miedo. No se olvide que los ricos habían marchado... Y los artilleros alemanes, convencidos del nulo efecto moral, rectificaron el tiro.

Pero las viejas murallas resistían, resistían... Tal vez fueron las bombas españolas las que dejaron allí sus huellas, tal vez... Los proyectiles seguían cayendo con regularidad germánica, y desde las barbacas, los 75, escupían furiosamente sus granadas sobre las tropas en marcha, que avanzaban densas por los caminos, y antes de ponerse fuera de tiro, habían de cruzar el canal.

...Y un mensaje del guarda de la esclusa, cruzó la ciudad como un relámpago: las aguas de las presas venían rojas...

El fuego enemigo, metódico y tenaz, desmoronó

ENTRE EL ODIIO Y EL DESPRECIO

los viejos lienzos. Un cañonazo recortó curiosamente la torrecilla de un torreón. Y la bandera, convertida en un harapo por la metralla, ondeaba orgullosamente su último girón sobre la torre del homenaje, gloriosamente empenachada de humo, como en las estampas clásicas de los siglos pretéritos.

Aquello duró unos días, hasta que un atardecer se dibujaron, en la ancha faja del crepúsculo, las siluetas monstruosas de unos obuses gigantescos. El castillo se abrió, a sus golpes, como una granada madura; y entre sus entrañas inflamadas, volvieron a la tierra los héroes anónimos.

VI

Aquella noche, la Dupont recibió la visita del señor Sub-prefecto. Traía una comisión penosa,—¡oh, muy penosa!...—peró el deber...

—Los invasores exigían alojamientos, raciones, y una indemnización—era la Guerra...—pero respecto a la casa de la Señora Dupont, se permitían pedir algo que estaba fuera de todas las leyes convencionales de la Guerra. Algo que...

Las muchachas del piso bajo se mostraron dispuestas a esta nueva prestación personal. Era un servicio que evitaría, seguramente, graves e irreversibles daños a la población civil, y hasta se asombraron un poco de que el Sr. Sub-prefecto considerara esto como un duro sacrificio; pero a las chicas del principal, no hubo manera de reducir las.

Estaban en el gran salón del segundo, todavía a medio decorar. Las varillas sueltas dejaban ver, bajo las franjas rojas, blancas y azules, la tapicería de imitación del siglo XVIII con sus sátiros, sus ninfas y sus guirnaldas de rosas. Y en un rincón, y bajo un haccillo de banderas, languidecía una corona de verde laurel.

El Sr. Sub-prefecto, más pálido que de costumbre, y con los labios contraídos por una sonrisa de hombre de mundo, que no le salía, trató de convencerlas dando a la charla un giro de frivolidad, que desmentía su acento.

—Aquello significaba una nueva contribución, co-

mo la impuesta a la ciudad, todos sabían cuán injustamente... Nadie había secundado aquel desesperado esfuerzo de unos fugitivos por mantenerse en el castillo, nadie... Los ricos habían huído, no era posible pagar y él, probablemente, serviría de rehén, como tantos otros. Pero estas horas que se le habían concedido, quería emplearlas útilmente en evitar a la ciudad—tan querida—los horrores que otras ciudades habían sufrido.

El Sr. Sub-prefecto se abandonaba en una irresistible necesidad de expansión y de confiancias, pero ante la mirada de soberbia indignación de Marta, reaccionó:

—Vamos, señoritas—continuó en tono más firme—, yo no puedo negar lo que está bien a la vista en los registros de la Sub-prefectura. Ustedes son, en este caso, una propiedad nacional que ellos embargan, como tantas otras...

Pero las señoritas se negaron enérgicamente a dejarse embargar... Estaban incluso dispuestas a romper sus contratos con la Dupont, dejando en prenda sus alhajas, sus vestidos, todo, antes que...

—Me iré a lavar al río, afirmó rotundamente Marta, mostrando los brazos robustos.

—Coseremos, plancharemos..., añadieron Blanca y Luisa.

Y Cosette, la Bélgica ultrajada, declaró, con su vocecita de niña, que, antes, tomaría fósforos...

Bibí vacilaba. Todo eso resultaba tan complicado para su moral senegalesa... pero acabó diciendo que haría como las demás...

El Sr. Sub-prefecto se conmovía visiblemente:

—Vamos, vamos... Como buen parlamentario había dejado para lo último su argumento más fuerte,

y sentía que se le deshacía entre las manos antes de usarlo. El había contado con la autoridad de la Dupont, y he aquí que la magestuosa señora desertaba de las filas de la autoridad y del orden, y ante esta inaudita rebeldía, se pasaba resueltamente al enemigo, ¡y en que momento!...

—El se había permitido afirmar en la Komandantur, que “todo eso” podría ser incluido en la indemnización...

Fué en ese preciso instante, cuando estalló, súbita, tal que una explosión, la cólera de la Dupont.

—¡Ah los ladrones de los ricos!... ¡Los muy cerdos!... ¡Huían, dejaban a los pobres la carga de sus heridos, se llevaban sus doncellas y sus mujeres, y ahora, además ¿pagar por ellos, salvar sus quintas y sus casas de recreo, sus castillos y sus bosques?... ¡Ah, pues nó!... ¡Que lo destruyeran todo, que lo incendiaran todo como en Lovaina...!

El Sr. Sub-prefecto sonrió tristemente, con una melancólica sonrisa que las chicas no le habían conocido nunca. Había envejecido diez años en unas horas. Él, el impecablemente correcto, había dejado extenderse sobre su pechera almidonada una mancha de tinta, y otra sobre el puño de la manga derecha. Y en el índice mostraba también las huellas de esta tinta que, en su pulcritud, eran tan trágicas como manchas de sangre.

VII

Decidieron encerrarse en los cuartos altos de las buhardillas, sobre los terrados, y allí lavaban y planchaban la ropa de la casa, desempeñando las funciones más humildes y aliviando de trabajo a las otras, demasiado ocupadas. En la ciudad quedaron acantonados tres regimientos de la reserva, aprovechando la abundancia de alojamientos: gentes de la segunda línea que aun no habían conocido la embriaguez de los combates, y solo deseaban alegrarse un poco, pagando honradamente en vales contra la Sub-prefectura.

Los otros, los furiosos, los fanáticos de locura guerrera, los intoxicados de germanismo puro, habían pasado, siguiendo los caminos, hacia París, del que hacían descripciones entusiastas. París, el sueño de sus noches y la ilusión de Gloria de su Patria. París, la ciudad placentera que deseaban poseer como una mujer.

Breché hacia un remanso en la guerra, como en la vida. Ciudad de descanso para los rentistas retirados de todos los negocios y las covachuelas, apacible y severa, aunque un poco orgullosa de su historia, era, cuando quería, amable, y no ofendía a los intrusos, pero los aislaba. Los dejaba adueñarse de sus cafés, de sus plazas y calles, del Casino y de las casas de las Señoras Dupont... Y el Sr. Bourgeois, tartarinesco—porque Tartarin es la encarnación del “chauvin”—, ofrecía generosamente su partida de domi-

nó de las tardes en el altar de la Patria, con el mismo gesto heróico conque Muscio Scévola se achicharró el brazo.

Breché, separada del resto del Mundo por la inundación de cascos grises—que seguía fluyendo por las rotas esclusas de las fortalezas de la frontera—, concentraba la vida en ella misma, contrastando actitudes y aquilatando méritos. Se vivían momentos históricos en que cada gesto tenía su matiz y su evaluación, y los franceses son los “gesticuladores” por excelencia de Europa. Todo Breché consideraba admirable la conducta del Sr. Sub-prefecto y del Sr. Alcalde... La autoridad extraña hacia la propia infinitamente más afectuosa y cordial.

Pero lo que se estimaba sencillamente sublime, era la decisión de las chicas del principal de la Señora Dupont. Se conocían sus trabajos, su clausura, sus sacrificios... Se hacía un cálculo minucioso y muy aproximado de las ganancias, en papel municipal, que habían desdeñado, y se comentaban sus buenas prendas:—las manos de Cosette, tan finas; los brazos de Marta; los mimos de Blanca y de Luisa; la escultura de bronce de Bibí... y se las espiaba cuando sañían a los terrados a tender la colada de todos los días: el enorme montón de ropa blanca de las mudas de abajo...

Las chicas pasaban alegremente le mañana entre el agua y la espuma, frotando las telas, con las ventanas abiertas, y recibiendo el baño saludable del sol y los soplos de la brisa, que todavía no habían empozoñado los gases méfíticos, ni las emanaciones de las “tierras de nadie”, y que las devolvían sus sanos colores de la juventud, marchitada en las noches de crápula. Almorzaban, echaban un cigarrillo, y

planchaban hasta la tarde, en que se marchaban a la casa inmediata a hacerle compañía a Trochú, que, no habiendo podido escapar a tiempo, permanecía escondido en la alcoba de la modista.

Era una tertulia casera. Marta, que se sentía íntimamente unida a él por sus cuidados de enfermera, ocupaba el puesto preferente, le mullía las almohadas, llevaba el horario de las medicinas, cada día más espaciadas, y abandonaba una de sus manos entre las de él, en una caricia furtiva, casta y dulce.

Las otras cesían o jugaban a juegos de hogar. Marta, despótica, les prohibía fumar allí, y ellas aceptaban sumisas la prohibición, y cuando les apretaban las ganas, salían al pasillo, con Juana, la modista, a la que no se le caía el cigarrillo de la boca en todo el día.

—Lo mimas demasiado, le decía a Marta.

Y cuando se quedaban solos los dos, y él a veces, no se podía contener, y la besaba, ella le reñía con la voz temblorosa y la tez encendida en extraños rubores:

—Si los vieran, ¡que vergüenza!...

Tenía el pudor de esta rara situación, de la que estaba pendiente toda la ciudad. Había adquirido plena conciencia del dominio que ejercía sobre sus compañeras, y sabía que únicamente el ejemplo de su voluntad las mantenía. Si ella se hubiese abandonado un instante se acabaría todo. Las otras reclamarían su porción en las caricias, y la sublime abnegación que causaba la admiración de Breché, finalizaría en una aventura bestial y repugnante: en un pugilato por el amor de un hombre.

Se había formado en Breché en torno a ellas, y por

ella, una atmósfera de respetos que la engrandecía á sus propios ojos, sintiéndose revestida de una nueva honestidad inédita por esta situación anómala que ella había creado y que la igualaba con las otras mujeres, francesas como ella, y que se comprendían en el mismo riesgo, entre los invasores. Situación que borraba y allanaba la barrera inaccesible que las separaba en la vida ordinaria.

El común peligro la redimía a ella de su pasado vergonzoso, y ante la Patria, y por la Patria, todas compartían la zozobra de estos instantes, en que el pudor y la dignidad adquirían nuevas valoraciones, y no dependían ya de los hechos, sino de la ocasión.

VIII

La noticia corrió de casa en casa: esta vez era verdad. ¡A los "boches" les tocaba ahora retroceder!...

—...Y deben tener prisa...—comentaba Juana.

Mucha prisa. La reacción del ejército francés después del Marne, los empujaba, y se cambiaban las tornas. La gran máquina alemana crujía a su vez y dejaba aquí y allá piezas sueltas: baterías enteras, repuestos, prisioneros...

Los de Breché, que debían pasar a Bélgica, recogieron metódicamente—y según los Manuales castrenses, que transforman el robo y el pillaje en maniobras-tácticas, el asesinato de los indemes en prudentes medidas, y no sabemos si la violación en semilleros del futuro—, todas las provisiones que pudieron requisar, abarrotaron los carros y los camiones, y se llevaron en la limoussine del Sr. Courtois al Alcalde y al Sub-prefecto, que marchaban muy dignos y enteros; pero al recibir el homenaje silencioso de la ciudad, que se lanzó a la calle a despedirlos, sintieron desgarrarse las cotas de su oficial impasibilidad...

Y llegaron los días de pesadilla en que cada uno tuvo bastante con mirar por sí mismo, sin preocuparse de los demás. Los días en los que Breché tomada, abandonada y vuelta a reconquistar, escribió otra vez su nombre, con letras imborrables, en el Libro de la Historia.

Los días en que cruzaron por sus calles, en manadas gesticulantes, las marejadas de locos frenéticos, de los que las mujeres se ocultaban temerosas, con la embriaguez de la carnicería en los ojos alucinados, y el temblor de la fiebre en los labios resecos, despiertos, de vuelta del ensueño de París.

Unos pocos después, otro empujón que echó a los alemanes lejos, muy lejos... Y el día de la victoria, con la ciudad engalanada y delirante, por la vuelta de su Regimiento...

¡Que día aquel en casa de la Señora Dupont!... ¡que día!... Y sobre todo: ¡que noche!...

Todos conocían en el Regimiento el sacrificio de las chicas del principal, que las rodeaba de una aureola poética. Y después de aquel período de voluntaria renunciación que las hacía más frescas, más jóvenes, más bellas, como si se ofrecieran a una nueva iniciación...

Marta ya vestida para la cena, en traje de noche muy escotado, subió a la terraza a tomar un poco de aire. Estaba sola, acodada en la balaustrada, que se adelantaba en semicírculo bajo la caperuza de pizarra de la torrecilla, sobre el último piso. La hoz de la luna brillaba en el cielo suave de esta noche. Hacía un frío agudo que le taraceaba la piel, y las esirenas titilaban dulcemente, como lámparas.

A sus piés, por las calles y las plazas, se desbordaba la alegría insolente del triunfo, en vivas y canciones. La embriaguez de la victoria se confundía con otras embriagueces; gritos; carcajadas; emociones que rompen sus cauces y estallan en clamores; abrazos y efusiones, no todas patrióticas. La petulancia francesa, la bizarría francesa, la furia francesa... Toda-

ENTRE EL ODIO Y EL DÉSPRECIO

vía esa charanga convencional hacía resonar sus compases evocativos en esta primera reconquista de una vieja ciudad abaluartada. Todavía el penacho francés se erguía, como las crines de sus coraceros en las cargas de Rischofen...

Y en el límite del horizonte, donde el mar de los campos serenos se confundía con el océano estelar, fingían las granadas, en la distancia, fiestas pueblerinas, con sus explosiones y sus chorros de fuego.

En el salón, el Coronel y la Plana Mayor la reclamaban:

—Marta, ¡que venga Marta!, ¡¡Marta!!...

Habría querido huir. Toda su obra, el amor, el respeto y la consideración públicas, reconquistadas, hora a hora, durante los largos días de la invasión, a costa de tantos esfuerzos y peligros, iban a desaparecer en esta noche...

Las voces de abajo se hacían más y más apremiantes:

—¡Marta!... ¡Marta!...

El teniente Bourget, acendido a capitán, escaló intrépidamente la torrecilla, con el mismo impulso valeroso con que había conquistado su nueva estrella...

—Marta... Marta...

¿La comprendió? ¿Se dió cuenta Bourget de su lacera drama íntimo?...

El hecho es que se quedó quieto, en posición de firmes, con la mano abierta y tendida, y que esta mano se elevó gradualmente hasta el quépis de reglamento...

—Marta...

Ella se volvió pronta a la réplica, y se encontró con un Bourget desconocido. Bourget, el elegante

JOSE RIAL

Bourget, había perdido el monóculo, tenía la barba hirsuta, y olía a pólvora y a ropa trasudada por el ardor de las marchas... ¿Cómo negarse?...

Bajó al salón y allí estaban todos los que habían vuelto—apenas la mitad—, rotos, maltrechos, sucios, miserables... Y todas las copas, en un movimiento unánime, se alzaron en su honor...

Y lentamente, levantó la suya, y brindó:
—Por la Francia...

IX

Pasó el tiempo... Los meses deprimentes en que se inició la guerra de trincheras, y con ella, el espíritu dúctil de Francia, se hundió en la tierra con sus "poilus", y más abajo, en el fango, con sus "chauvinistas".

Y de esas toperas surgió una extraña fauna, que parecía enterrada para siempre en los viejos códices miniados, y que adquirió, súbita, en el ambiente propicio:—guerra, fango, crueldades, horror, miseria, espanto—una insospechada vitalidad.

(Siempre han resurgido estas alimañas en el curso de la Historia de los pueblos, cuando un espíritu regresivo y represivo se las inyecta en la carne generosa y reviste los ancestrales maniqués arrinconados en los desvanes del pretérito; siempre...)

El señor Freicinet—emboscado durante la movilización y huído ante la invasión hasta París, y aun más allá, esperando cumplir la cuarentena—, nombrado Sub-prefecto, desplegó una gran severidad. La ciudad, siempre un poco triste, tomó un aire lúgubre. Empezaba la obsesión del espía... Las muchachas del piso bajo, que habían contribuido con sus generosos esfuerzos a abonar la indemnización, tachadas de antipatriotas, tuvieron que emigrar; y aunque las familias ricas no volvieron, los provechos de la casa vecina compensaron estas bajas. Las "viudas de la guerra" hacían a las del principal una molesta competencia, y Marta y las otras chicas tuvie-

ron que vestirse de negro para contentar a los clientes, cada día más exigentes...

Por entonces, un gran cronista, escribió estas palabras:

“Transformada, engrandecida, la gran capital francesa, dió al olvido la inconsciente ligereza de su sangre latina, y nos muestra de nuevo aquellas sublimes cualidades de abnegación y de heroísmo, que fueron siempre altísimo blasón de las Galias”.

Lo que, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir que París ya no canta ni ríe, porque entiende, como cualquier burguesa enriquecida, que padecería su reputación.

París ha olvidado, “la inconsciente ligereza de su sangre latina”... ¿Y a qué debe París el ser París, sino a esa “inconsciente ligereza”?... ¿Es que, acaso, la grave y obesa matrona que ahora quiere ser, habría arrojado su guante a todos los reyes y pretendido liberar a todos los pueblos?... ¿Es qué aquellas canciones que embriagaban a los bravos sans-culottes de la Revolución—la Carmañola, ¡la Marsellesa!...—, no eran, por lo menos, tan hermosas como los rezos de ahora?...

La Francia es burguesa; la Francia es pura; la Francia es modosa y recogida, como aquella Academia, hermana mayor de la francesa, que Voltaire hizo más famosa con una frase, que ella lo fuera nunca con todas sus obras...

París llena los atrios de Nuestra Señora; París se recoge; París salmodia las letanías del espanto milisecular... Se expulsan del suelo sagrado a las “demi-mondaines”, que van a esparcir por el mundo—como el alcanfor perfuma el hacha que lo hiere—,

ENTRE EL ODIO Y EL DESPRECIO

las exquisitas gracias del "sprit" francés. Se fumiga y se hizopea el barrio latino, y hay quien propone comprarle gorros de punto de algodón a las grisetas.

¿Qué queda, pues, del alma parisiense, tan bella?... ¿Qué de sus canciones y su alegre despreocupación?... ¿Y de sus graciosos hijos Mimí Pinsón y Gavroche, qué ha sido?...

¡Pobre París!... Los que te aman no comprenden que sigas luchando contra Alemania. Muerta tu alma, asesinado tu Genio, inquieto y burlón, ¿qué defiendes?... ¿Las medias de lana?... Los ejércitos del Kaiser no habrán podido conquistarte como en el 70, y los caballos de los hulanos han dejado de ser para tí una pesadilla, pero, moralmente, has sido anexionada al Imperio por tus propios prusianos.

X

Las nuevas alternativas de la lucha dejaron a Breché entre las dos líneas de trincheras del frente, en las yermas "tierras de nadie", donde los cañones hacían de sembradores de la Muerte.

Las autoridades huyeron con la población, espantada, y solo quedaron en la ciudad esas gentes humildes apegadas a las paredes de sus casas, y aquellas otras que no pudieron escapar a tiempo, y se encontraron de pronto encerradas entre los campos, bajo la lluvia implacable de hierro y de fuego.

La especie, que tiende a continuarse irremisiblemente, organizó estas existencias extrañas; estos núcleos urbanos que quedaban allí y allá, con sus costumbres y sus rutinas, prolongando la vida en los dominios de la muerte, insensiblemente, y casi pudiera decirse instintivamente.

La laboriosidad de esas hormigas sostuvo minúsculos comercios y creó extravagantes industrias. Fue así, bajo las granadas, como la Señora Lidoux realizó, en excelentes condiciones, todas sus reservas de papel para cartas...

Y mientras el magnífico Ayuntamiento, orgullo de la ciudad, que había resistido los ataques del Tiempo durante seis siglos, sucumbía bajo la metralla, el cuchitril de la Guerin, pegado a la catedral mutilada por las bombas, con su muestra de hojalata, y su expuesta mercancía—aguardientes y vinos del país—, realizaba cuantiosos beneficios.

ENTRE EL ODIOS Y EL DESPRECIO

Hubert, el herrador, se hizo rico vaciando balas en los hornos de fundición del Sr. Courtois, completamente arruinado por la guerra. Revel, obrero del alcantarillado, parisiense listo y agudo, organizó el aprovisionamiento clandestino de las trincheras, que le rindió pingües provechos. Y el tío Goujón, que llenó de los trozos de cobre arrancados a las bombas el pozo seco de su casa, obtuvo espléndidas ganancias.

La viuda Morel, de la taberna al lado del Mercado, no quiso abandonar su casucha de tablas mal pintadas, con dos barriles y cuatro botellas, y cuando la ciudad quedó vacía, instaló sus existencias en el Mercado mismo, en plena oficina municipal, y, con una ironía muy francesa, despachaba allí, en la mesa del funcionario transformada en mostrador, las existencias de todos los cafés de Breché, que iba a buscar por la noche, a la claridad siniestra de las explosiones, envolviendo los cigarros y las chucherías en las hojas de papel de oficio.

Pero el gran atractivo de Breché eran las chicas de la Señora Dupont, y el gran salón del principal, que hacían menudear las solicitudes heróicas en las trincheras.

Aquellas peticiones de reconocimientos y sorpresas, que producían tan ópimas cosechas de laureles, tenían su origen en este salón con sus muebles burgueses, la chimenea encendida, y las chicas alegres y acogedoras que sabían satisfacer todos los afanes: los bastardos y los puros.

Era un rincón de los hogares destruídos, que se conservaba milagrosamente intacto entre las ruinas. En el centro de la mesa, la lámpara de petróleo, esparcía una luz suave; las chicas, en torno, cosían prendas militares y ropa blanca de los amigos; y

esta grata sensación familiar confortaba el alma, cuando se iba a emprender una de esas aventuras, en que lo de menos valor que se podía arriesgar, era la vida.

Ellos constituían para muchos la familia, los amigos, las novias... Los eran de todos, y procuraban evitar entre ellos las rivalidades, con su tacto de mujeres prácticas en el Amor, que saben reservar a cada uno su porción y su caricia a cada instante.

Y ellos las ofrendaban los bárbaros trofeos de sus hazañas guerreras: cascos prusianos, alhajas arrancadas a los muertos, recuerdos enternecedores o estremecedores... Prendas de la pasión frenética de estas noches de bodas, que pocas veces tenían una continuación.

El coronel Mouton, que aun mandaba el Regimiento, y envidiaba estas escapadas de sus subalternos, solía decir que estas chicas merecían la gratitud de la Patria.

XI

Desgraciadamente el coronel Mouton cayó en los últimos meses del primer año de guerra, y como él tantos otros de aquellos valientes veteranos de las campañas coloniales, que solo sabían vencer o morir, fieles a la República.

Los Freicinnet gobernaban también en el ejército. La disciplina se hacía cada día más prusiana, y la guerra—ese juego de los galos, eternos-héroes-niños—, se convertía en una cosa disciplinada, metódica y complicada, en que el genio era sustituido por el cálculo, y el valor por la ciencia y el método.

Las aventuras y los golpes de mano se hicieron raros. La guerra enterró aun más profundamente el bello espíritu francés, que adquirió una mentalidad de topo viviendo entre sombras y creyéndose rodeado de enemigos, cuando el Mundo entero acudía en su ayuda.

A las trincheras sucedieron las minas; y lo que respetó el bombardeo, lo aniquilaron las explosiones. El cañón recorta, mutila y, a veces, embellece. La mina pulveriza. Es el suelo el que se alza en una convulsión irresistible, quebrantado y alzaprimado por esas fuerzas subterráneas, y todo lo que está encima queda reducido a menudos fragmentos impalpables.

Las chicas de la Dupont—solo las chicas ya porque la Dupont había muerto heroicamente en una de esas explosiones inesperadas—, que, a pesar de las consignas, aun tenían amigos en las trincheras que

venían a pasar las veladas, conocieron, minuto a minuto, los avances de las últimas galerías.

Era el Invierno, el primer Invierno de guerra, crudo, implacable, en que todo faltó, porque la cuidadosa previsión francesa no pudo nunca sospechar los horrores del fango en las trincheras, que superaron a las penalidades de la lucha. Venían los míseros transidos, hirsutos y deformes del barro pejagoso, y el baño caliente preparado por unas manos femeninas, suaves, sabias y piadosas, los trasformaban en otros hombres fuertes, limpios, sanos y optimistas.

Fuera caían las bombas hundiéndose en las tierras removidas y levantando surtidores de lodo, o estallando al chocar contra la costra helada y dura, que prolongaba y multiplicaba sus estrías, y se desmenuzaba en trozos multicolores en las noches de nevada.

¡Ah el encanto del buen fuego que ardía alegremente en el hogar!... De las tazas de café caliente y de los cigarrillos, en este ambiente, deliciosamente saturado de juventud, por estas mujeres bellas y entendidas en todos los refinamientos del placer!...

La fama de este rincón abrigado se extendía por las trincheras y los campamentos, como los haces luminosos de un faro por las aguas embravecidas de un mar impetuoso.

XII

Pero sucedió lo imprevisto, que en la guerra es lo normal: la mina que debía estallar, la hicieron explotar los alemanes doce horas antes, por una contramina.

Aquella noche iban a celebrar la despedida. La mina estallaría al amanecer, y habían dispuesto esta fiesta para espantar la melancolía de esas últimas horas pasadas en este salón, que se les había hecho tan querido.

Esperaban a sus invitados vestidas y dispuestas para contemplar la salida del sol desde las quintas. Los amigos habían preparado una de las más lujosas para recibirlas, y continuar en ellas aquellas veladas que endulzaban la monótona existencia de las trincheras.

Afortunadamente estaban en el piso bajo para recibir las visitas, y conducir las de la mano por los pasillos y las escaleras sin luz. Solo Bibí continuaba arriba, arreglando las mesas, cuando estalló el suelo de la gran plaza frente al cuartel, y la casa entera se cortó por la fachada en dos trozos, y, como girando sobre un gozne invisible, quedó abierta a la calle mostrando los pisos como una casa de juguete. y en el principal, bajo la gran lámpara del techo con sus luces encendidas, y ante la mesa puesta, la pobre Bibí enloquecida, lanzando salvajemente gritos inarticulados en senegalés.

Las chicas huyeron a través de la ciudad en escom-

bros. Detrás de ellas las paredes caían, los edificios más sólidos se desplomaban, y los obuses acababan la obra de destrucción.

Salieron al campo y siguieron huyendo, chapoteando por los caminos encharcados, resbalando en los arroyos cristalizados que bruñía la luz de la luna, buscando instintivamente el amparo de los setos, hundiéndose en los fosos y en las cunetas, y dejando aquí y allá trozos de tela y de piel, en las ramas desnudas de los árboles, que sacudían sobre ellas sus ramajes de hielo y sus flores de escarcha.

En las masas densas de sombra de las trincheras, el suelo se inflamaba en cien puntos distintos, y las bocas encendidas de los cañones ponían rosas de fuego entre las enredaderas de las alambradas espinosas.

En el campo, como en la ciudad, todo se desmoronaba ante esta lluvia implacable de metal, que caía sobre la "tierra de nadie".

Los árboles agitaban sus ramas incendiadas como sueltas cabelleras de oro; la tierra palpitaba y se estremecía; fundiase el cuajado cristal de los arroyuelos y el agua corría arrastrando los despojos de la helada, o se embalsaba a trechos en los diques de hielo, que interceptaban el cauce. Las quintas aparecían y desaparecían en un juego de trágica fantasmagoría. Y en el cielo, velado por el humo acre de las pólvoras, se fecundaba la tempestad en las entrañas de las nubes, brutalmente violadas por el cañón.

Las pobres muchachas, perdidas en la noche, corrían como ciervas perseguidas por las jaurías de la guerra, desvanecido su valor en esta conjunción de fuerzas gigantescas desatadas contra ellas.

ENTRE EL ODIO Y EL DESPRECIO

Se sentían débiles e impotentes, tal que niños, y buscaban entre los horrores de las tinieblas un refugio, un abrigo, unos brazos acogedores que las protegieran.

Fué Marta la que supo encontrar el camino y las guió hasta las trincheras...

¡Y como se expandieron las almas, penetradas de gratitud hacia el Señor que protege todas sus criaturas, aun las más miserables, cuando oyeron el "¿Quién vivé?", del primer centinela francés!

XIII

El oficial que mandaba aquel trozo de trinchera, según les dijo el cabo, se llamaba Trochú, Mr. Rubén Trochú...

¡Dios mío, Trochú!... ¡que suerte! Y a Marta, con la excitación de la alegría, se le ocurrió una ligera broma.

—Dígale que unas señoras quieren verlo.

Estaban en una pequeña excavación desenfilada: un ramal de trinchera abandonado por los alemanes en su retirada, que se utilizaba para depósito de trastos y herramientas. El talud, muy abierto, formaba una aguda cuña; en el fondo se acumulaba un barro pegajoso; y del cielo caía una fina lluvia, que las iba calando lentamente.

El cabo dejó su linterna en una lata de petróleo vacía, y el reflejo prolongaba su haz a lo largo, recortando crudamente las lamentables siluetas de las pobres muchachas, con los zapatos deformados por las caminatas entre los charcos; los vestidos desgarrados y sucios; el carmín mezclado con los colores desteñidos del kol y del rimmel; los sprits grotescos con las plumas erizadas, y la piel de los amplios escotes amoratada por el frío y cruzada de largos verdugones sangrientos.

Tardaba el cabo, tardaba, y el tiempo se las hacía interminable, hasta que volvió con una respuesta inesperada:

ENTRE EL ODIO Y EL DESPRECIO

—El teniente Trochú dice que en las trincheras no se reciben señoras. Que está prohibido.

Las otras chicas se incomodaron.

—¿Ves?... Otra media hora de espera. Eres muy graciosa...

—Cabo, dígame que somos nosotras: las chicas de la Dupont... Que está aquí Marta...

A este nombre, tan popular en las trincheras, el cabo se inclinó, sonriéndose, y partió otra vez.

Las otras continuaron sus reproches, y Marta, por calmarlas, abrió la pitillera y les repartió unos cigarrillos, que encendieron a la llama de la linterna, prolongando las manos friolentas hacia el halo dorado, que las templaba dulcemente, y uniendo las brasas en el centro del grupo, como las ascuas de un braserillo.

Ahora el cabo tardó un rato más largo, cerca de una hora... Estaban transidas. La llovizna, que no cesó un momento, las traspasaba con sus finas agujas heladas. Y Cosette se había dormido en la falda de Marta, que la acunaba suavemente.

El sordo atronar de los cañones resonaba lejano, y en la sombra silvaba un viento agudo, que traía emanaciones macabras y repugnantes, deslizándose reptando sobre el talud, enlucido por la nieve.

Volvía el cabo; sus pasos, chapoteando acompasadamente, parecían retardar la llegada, y Blanca, impaciente, se adelantó a su encuentro:

—Rubén, ¿eres tú?

—No señorita. El teniente no puede venir. Me ha dicho que lo dispensen, pero las órdenes son muy severas. Está terminantemente prohibido recibir mujeres en las trincheras y tienen ustedes que partir.

XIV

—¿Cómo?... ¿Marchar?... ¿Marchar otra vez entre el fango y la lluvia?... ¿Correr a tientas, como bestias perseguidas, por los campos azotados por la metralla y destrozados por las explosiones?... ¿Y era Rubén Trochú, al que ellas habían cuidado como a su propio hermano, el que las echaba de allí al campo de batalla, a la "tierra de nadie", a la lluvia, a la muerte?...

El cabo repetía tristemente:

—Es la consigna. El coronel es muy severo...

Y las muchachas se contemplaban con inmenso estupor, sintiendo penetrarle en los huesos esta implacable repulsa, más entumecedora que el frío y la lluvia.

Hasta que Marta, de un golpe, comprendió la odiosa cobardía de aquel lanzamiento, y reaccionó:

—Diga V. al teniente Trochú, en nombre de Marta, que ya nos vamos; que no tenga miedo; que no queremos comprometerlo...

Y de un salto se encaramó a lo alto del talud, y se arrojó al campo, a la lluvia, a las tinieblas de la noche y al infierno de hierro y de fuego. Y las otras la siguieron.

XV

Las mujeres de vida alegre de Soisson, que se habían ido a vivir a las quintas de las afueras, abandonadas por sus dueños, han desalojado éstas y se encuentran en las trincheras alemanas, donde viven con los soldados, que comparten con ellas sus ranchos.

Esto ha indignado mucho a las mujeres de Soisson, que acusan de antipatriotas a esas desgraciadas.

(De "El Liberal", de Madrid.)

Ellas se sintieron muy despreciadas, y ellos se han comprendido muy odiados. Y esos odios y desprecios los han hecho encontrarse.

Ellas huían buscando un abrigo donde guarecerse. La mina las echó de su casa, y cuando fueron a buscar un refugio entre sus compatriotas, las recibieron mal. Los pequeños soldaditos alegres, los galantes oficiales, se habían transformado en ásperos guerreros, rudos y desdeñosos como agentes de policía. Ellas eran un riesgo, y había que mostrarse dignos y austeros ante el invasor. Los hijos de la Patria solo sentían amor por la Gran Madre en peligro, y ante la augusta sombra de la Francia, las frágiles siluetas de las muñecas eróticas desaparecían empequeñecidas, esfumadas... El cañoneo seguía, lento y continuo, y ellas huían a campo traviesa como pájaros asustados.

Ellos, la Juventud de choque de la recia Alemania, habían oído contar muchas leyendas, en las que destacaba con su deliciosa coquetería, con su aturdimiento y sus locuras, la mujer francesa de los music-halls, tan distinta de las gordas Bertas y de las sencillas Gretchen.

Los ingenuos habían soñado aventuras galantes; los rústicos, hechos a la vida metódica y casera de la fuerte Alemania, tejieron fábulas de amor, en las que vieron, entre sus brazos de hércules, a los lindos bibelots de carne de la Francia viciosa y refinada, que habían imaginado a través de las crónicas de viaje tantas veces añoradas.

Era este el bello país de las mujeres fáciles que saben de misteriosas caricias, y del dorado vino bullente que produce tan alegres y emotivas borracheras. Venían sedientos de amor y ansiosos de aventuras. Ellos no creían hacer ningún mal. En el fondo, su intención, ¿no era buena?...

Trataban de domeñar otra vez el orgullo de aquellas gentes, un poco desequilibradas, para que reconocieran la hegemonía de la poderosa Alemania, lo que, a la larga, sería para ellos un beneficio. Y no creían pedir mucho solicitando, a cambio de las fatigas guerreras que se imponían por educarlos, un poco de vino y un poco de amor.

Y encontraron por todas partes rostros huraños, manos femeninas que se crispaban sobre las escobas como sobre el cañón de un fusil. Bellos ojos sí— ¡cuán bellos!—, pero que miraban fríos, helados. Lindas bocas de menudos dientes blancos entre sensuales labios rojos, que se alzaban levemente despectivos. Y adorables esculturas coronadas por dorados rizos locos, o por blondas madejas de un negro azul,

cambiante, que se ocultaban rígidamente bajo los trajes de enfermera, y las pequeñas gorras blancas, cortadas por el patrón de un hábito monjil.

¡Ah!, no eran aquellas las mujeres de sus sueños, nó. No eran las cocotas parisinas, las deliciosas francesitas de las crónicas de viaje, de los music-halls montmartreses, de las cenas íntimas y de las nocturnas aventuras. Estas pertenecían a otras razas de francesas muy distintas, que apenas si se diferenciaban, en el trato, de las gordas Bertas y de las melancólicas Gretchen.

—¿Dónde estarían las ensoñadas?... ¿A que afortunada tierra habrían huído?...

Ya habían perdido la esperanza de encontrarlas. Ya hacían la guerra como un deber, como una profesión. Solo en sueños las veían con los ojos de la ilusión y dormían, amodorrados, abrazados al fusil, como abarcando entre los gruesos dedos una esbelta cintura, y queriendo aun prolongar así la perdida esperanza, cuando Ellas, echadas de la ciudad por la mina, y del campamento francés por los pequeños soldaditos y los galantes oficiales, y perseguidas por la metralla en su fuga desolada, aparecieron.

Venían desmejoradas, pálidas, muy pálidas, borrado de las mejillas y de los labios el carmín—que fingía la forma de ese corazón que está siempre asomándose a ellos—; en girones los galantes atavíos y erizadas las que fueron arrogantes plumas, y desteñidos y raídos los trajes de “soiree”, desgarrados por todos los zarzales de la noche.

Pero eran Ellas... ¡Ellas!... Las francesas ensoñadas, las alegres cocotas, las heroínas de cien aventuras de amor...

En las trincheras las luces tiemblan escondidas en

JOSE RIAL

los rincones, trémulas, medrosas, y dan más sombra que luz: sombras que favorecen nuestros deseos y nos hacen ver en sus penumbras lo que imaginamos. Y estas circunstancias favorables dieron brillo a los ojos mustios, rojos sensuales a los labios, perfumes a las telas íntimas traspasadas de los sudores del espanto, y elegancia a las galas marchitas por los horrores de la fuga... Y ellos las recibieron como si fueran Diosas...

Ellas, despreciadas por los suyos, se vieron acogidas triunfalmente y mimadas. Y eran mujeres, y tenían hambre, frío, miedo y dolor. Un dolor lacerante que las mordía más que la noche y que el frío y que el sueño y que las balas...

Ellos, aborrecidos en todas partes, se vieron queridos, mimados, acariciados. Y eran jóvenes, estaban cansados de luchar y tenían sed de caricias...

El Odio y el Desprecio empujaron a los unos y a las otras... Y se encontraron tan solos, entre Odio y el Desprecio, que no tuvieron más remedio que unirse...

Faro de La Isleta, Gran Canaria, 1919.

LA HERENCIA DEL TIO FRANCISCO

**A Leoncio Rodríguez, en tributo de
amistad y compañerismo.**

Todas las tardes, al pasar, suscitaba los mismos comentarios del cenáculo, reunido en aquel rincón del Casino que habíamos acaparado, y que nadie nos discutía por lo incómodo de nuestra vecindad.

Iba a dar su paseo con el cura y el médico bajo los árboles del callejón del cementerio, y luego, bordeando las huertas por entre los vallados de tuneras, al cerro que dominaba el término municipal con sus pinos augustos: aquel rincón de égloga en la tierra llana, esmaltada de sembrados.

—A derrochar...—decía Joaquín casi en voz alta.

—Donde lo hay se luce...—comentaba Julio con su eterno buen humor.

Y Rafael:

—Y envejecerá sin darse cuenta de que ha vivido.

—Es que hay que economizar, el año ha sido malo —añadía Pepe Luis.

Y Joaquín, verde de envidia, convulso, casi epiléptico:

—Y que tenga ese hombre tres millones de duros...! ¿Pero, "pá" cuando guardará Dios las "purrmonías"?...

Entretanto, el Tío Francisco, seguía paso a paso, con el cura y el médico, la carretera bordeada de álamos; recorrían el laberinto de las huertas, y subían insensiblemente la cuesta del cerro por la ondu-

JOSE RIAL

lación de la vereda perezosa, que trazaba amplias curvas, hasta la cumbre.

La charla gustosa amenizaba el paseo, que recorrían los pies mecánicamente, haciendo descansos aquí y allá en los lugares propicios... En la tierra recién regada se desenvolvía una calma suave, que ponía un temblor de opalina luz sobre los jugosos capullos de las lechugas aporcadas. Luego se sucedían los campos de secano de un verde gris polvoriento, y al empezar la vereda, el viento arrastraba el perfume de los pinos a resina, ese buen olor fuerte que absorben los pulmones plenamente, con una íntima acción de gracias al recibir el bálsamo.

Ya en el cerro el aire hacía un remanso bajo las copas del pinar, y el humo de los habanos ascendía sahumándolos con el suyo, acre y exótico.

El sol se hundía enorme, borracho, de su propia energía, en el confín de las tierras, dejando en el cielo un rescoldo de brasas del incendio del día...

Y en el intenso silencio de la altura, resonaba la canción de la tarde en el campo: el chirriar tardo de las norias, con el estribillo del campano de la vaca, acansinada de dar vueltas y vueltas; los trozos de coplas que trae el viento y se lleva, en andrajos de notas, que se desgarran; algún golpe que parece caer, tal que una piedra, en el estanque luminoso del aire, claro y cristalino; y el glú-glú del agua, que corre por los surcos y se sume en la tierra, como en un abismo de bocas sedientas.

Toda la tarde era como una melodía de colores y sonidos, graduadas en sabias gradaciones de tonos de luz y de tonos armónicos. El pueblo, los campos, el cielo, las nubes y las aguas, se ofrecían en espectáculo para el goce exquisito de estos hombres:

LA HERENCIA DEL TIO FRANCISCO

—D. Francisco, el Cura, el Médico—, que, mediada la vida, cercanos a los cincuenta ya, saboreaban deleitosamente este concierto de visiones amables, que se les ofrecían con tal esplendidez, gratuitamente.

A veces el espectáculo llegaba a lo grandioso, y se sentían tan empequeñecidos y anulados, tan sumidos en la Tierra madre de todos, como si otra vez fueran niños. Pero mucho más sencillos, más inocentes y más buenos.

Las voces entonces se hacían trémulas... Las sombras, al adensarse bajo los pinos, traían prendidas entre sus alas sedosas las evocaciones familiares— como silfos juguetones—, y en los ojos ponían las añoranzas lágimas silenciosas que aliviaban el alma.

Entretanto, en nuestro rincón del Casino saturado de humo, del vaho de los restos del alcohol en las copas, y del vaho de las murmuraciones que envenenaba el aire, nosotros, los “intelectuales” del pueblo, criticábamos con indignación al rico que no sabía serlo, y vivía allí en aquel inmundo rincón, “podrido de dinero”, sin conocer su valor, sin comprender la cantidad de placeres y de goces que encerraban sus arcones.

Nó, no lo sabía ciertamente. No era abstención del Bien:—de lo bueno o de lo bello de la vida—, sino absoluta ignorancia. No era un santo ni un puro; y mucho menos un necio.

Jugaba y no hallaba en el juego el placer de la ganancia ni el dolor de la pérdida. Creo que no se había preguntado nunca porque jugaba, pero allá, en su conciencia, debía considerarlo como un deber de su posición, que cumplía sencillamente y sin esfuerzo ni gusto, como el llevar la vara de plata de Hermano Mayor de la Cofradía de la Soledad los días de procesión, o repartir las limosnas los sábados por la noche, en su casa y antes de la cena. "Porque después, decía Pepe-Luis, se le podría estropear la digestión escuchando las lástimas de los socorridos".

Todos éramos sobrinos suyos y sobrinos pobres, con esa pobreza que permite vivir sin trabajar del esfuerzo de los arrendatarios, pero con la más estricta economía.

El yantar, la casa, el terno nuevo del año el día de la Fiesta Mayor, al comienzo de la Feria, y los gastos del Casino, consumían las parcas rentas, que un mal año amenguaba hasta lindar con la miseria y un año próspero permitía algún derroche en las puestas del tapete verde.

Todos sobrinos pobres, pero orgullosos de nuestra condición de señoritos, que ponía entre el pueblo y nosotros una barrera de respetos que apuntalába-

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

mos febrilmente, viéndola en constante riesgo de derrumbarse, con nuestras vanidades de estudiantes de Leyes o de Medicina—Rafael y Julio—; de tenorios marchosos y achulados como Joaquín; o de no sé que secreta convicción íntima de superioridad, como Andrés.

Yo tenía mi orgullo de Poeta:—el más satánico de todos—; y Pepe Luis sus vicios, de los que estaba tan poseído como Joaquín de sus desafíos o yo de mis versos publicados en el diario de la capital de la provincia.

El tío era viudo. Su mujer se había muerto,—de hastío, afirmaba Julio—; y después de llorarla un periodo de tiempo prudencial, para no dar que decir a la gente por defecto ni por exceso, continuó su existencia de propietario rico: la misma que habían llevado sus padres y todos sus abuelos en aquellas tierras, desde diez siglos atrás.

Todas las tías-abuelas solteronas y los tíos-abuelos célibes, fueron muriendo y dejando caer sus herencias en las arcas de la Casa Señorial, con un afán ancestral de asegurar su continuación tras la muerte. Y allí se fueron empozando y uniendo los migajones dispersos del viejo caudal heredado, y formando la pella del fortunón: ¡los millones del Tío Francisco!...

La prodigiosa acumulación de egoismos a que se habían sacrificado seis vidas, en satisfacer los más dispares anhelos de la avaricia: los cortijos del tío Miguel; las escrituras de préstamos del tío Ramón; las peluconas de la tía Juana; los oliveres y las almazaras del tío Pedro; las alhajas de la tía Rosa; y los viñedos del tío Agustín con sus lagares y bodegas,

JOSE RIAL

que encoraban en sus botas los mejores vinos de la comarca...

Todas las formas de la avaricia campesina. Las aficiones absorbentes de esos secos espíritus reconcentrados en sus pasiones monstruosas de acaparamiento y posesión, que al llegar la hora de abandonarlo todo, habían preferido entre los parientes pobres:—mi padre; las madres de Rafael y Andrés; y los padres de Julio y de Joaquín;—al Tío Francisco viudo y sin hijos, y dueño del Mayorazgo, con un fortunaón.

—Era—decía Rafael con la enfática prosopopeya de sus tres años de Derecho—, el atavismo, la tendencia ancestral a la concentración de la herencia para evitar la dispersión... El espíritu feudal sobreviviendo en esta época y oponiendo a sus tendencias democráticas esos esfuerzos para robustecer la Casa, redorando esos viejos blasones y multiplicando su poder...

—Todos esos viejos, concluía siempre, han vivido, en realidad, en la Edad Media... Y lo más triste era que sus egoísmos nos condenaban a nosotros a seguir viviendo en aquella época la vida del pueblo oscuro, distante de los centros populosos, de campiña rica y próspera, pero sin salida para sus productos, que había que transportar en bestias por la larga carretera... La vida de hidalgos pobres encastillados en sus prejuicios de casta, y débiles, como ramas podridas del tronco que fué tan robusto, y que la ociosidad cubrió de parásitos.

los vitiberos del tío Agustín con sus lagares y bodegas; y el tío Pedro con sus olivares de la finca de las Rosas; y la casa de los señores de la finca de las Olivas y las Al-

—¿No seremos nosotros unos parásitos?... preguntó un día Julio, no sé si en broma o en serio.

La pregunta nos dejó un momento silenciosos, como si todos nos la formuláramos íntimamente.

Estábamos, como siempre, en nuestro rincón del Casino, al lado de la última ventana voladiza, que dominaba la Plaza Mayor, Rafael en el diván, entre Andrés y Joaquín, como presidiendo el cenáculo; y Julio y yo en dos anchos sillones, bajos y cómodos, con el moulesquin roído a trechos.

De las mesillas volantes, como de altos trípodes vótivos, se escapaban las emanaciones del coñac y del anís, y las volutas retorcidas de los cigarros, y en el centro de la mesa exagonal del julepe con los metales patinados por el tabaco y la bayeta recortada de negros roeles, la baraja abierta en abanico.

Rafael, encontrando la pregunta de muy mal gusto, convencido de las importantes funciones que debía desempeñar, protestó:

—¿Nosotros?... ¿Quieres hacer el favor de decirme si hablas en serio?

Andrés repitió la pregunta de su hermano como un eco:

—¿Nosotros?...

Y Pepe-Luis, violento:

—Yo no "l'e" comido "ná" a nadie; vivo de lo mío.

—Sí, nosotros, continuó Julio: ¿qué son parásitos?... Los que viven a costa de los demás. Y nos-

otros, que yo sepa, no hemos ganado nada todavía.

—Es que para sembrar hace falta la simiente, el terreno y la época, y aun no poseemos los medios para hacer nada útil. Estamos en el periodo de preparación de nuestra existencia futura... En cambio, el Tío Francisco, lo tiene todo: la edad, la posición, el dinero...

—¡La santa guita!...—interrumpió Pepe-Luis—
“¡Darme” a mí un cable de esos y sacaré hasta las Animas del Purgatorio!

Y Rafael, doctoral:

—Esa vida se consume esterilmente, amontonando las rentas de un año y las de otro...

—Pelión sobre Ossa...—apunté yo, que tenía entonces mis veleidades clásicas, como buen poeta provinciano.

—...sin provecho y sin un rasgo generoso, grande y magnífico, digno de nuestra estirpe.

—Eso, apoyó su hermano.

Y Joaquín, cínico:

—Como que por no hacer, el hombre no ha hecho lo más elemental: el Mayorazgo.

—¡No me mientes la bicha!, gritó Pepe-Luis. Lo único en que el hombre ha “estao” oportuno...

—Para tí.

—Y para “toos”. Está bueno. Pues si nace el Mayorazgo nos divertimos.

—Todavía puede nacer, insinuó Julio.

Y Rafael, muy rápido:

—¿Sabes algo?

Todos nos pusimos serios. Por el pueblo se comentaban hacia tiempo las visitas de Tío Francisco a casa del médico.—Un tipo que, como decía Joaquín, dió unas conferencias agrícolas en el Casino y se quedó

LA HERENCIA DEL TIO FRANCISCO

solo.—Pero su hermana era joven y guapa todavía: ¡Un jamón “pa” una merienda!,—como añadía el mismo comentarista,—“y que se las traía”.

—Esta mañana lo ví salir de allí con dos libros de a folio.

—Mientras que no sean más que libros... pero lo que me dá mala espina son las libras.

—Bueno, ¿pero a tí que te preocupa, Joaquín, la herencia o la jamona? Porque eres de cuidado...

—Las dos cosas, porque pueden completarse.

Joaquín se molestó, y conteniéndose, con una falsa serenidad de “madrugador”:

—Oye, Pepe-Luis, las bromas entre hombres, y hasta entre parientes, tienen un límite...

—No es para ponerse así.

—Me pongo...

—Todo depende del móvil, del propósito;—intervino Rafael—aclara tu pensamiento, Pepe-Luis.

—Hombre, yo creo...

—Tú, Rafael, no seas exigente.

—¿En qué viste la exigencia, Julio?... Mi intención era evitar que una mala inteligencia...

—Le has exigido a Pepe-Luis un pensamiento y lo has puesto en un compromiso.

—Oye, tú, que “aquí” se “chanela” y hay “pupila”.

—Y mano izquierda, lo sé. Pero un pensamiento, lo que se llama un pensamiento...

—Pues allá vá, ¿qué te crees tú?... El jamón en fuente de plata y con chorreras... ¿me has “entendido”...?

—Te he entendido... Pero dale las gracias a esa moza que le ha llamado la atención a Joaquín muy a tiempo, que si te oye...

JOSE RIAL

—Es que entonces se lo sirvo a “tajás” y con tafe-tán inglés.

—¡Caramba, Pepe-Luis, me has dejado extático!

—Es que uno es “asín”, pero tiene lo suyo.

—Y lo ajeno.

—Pues lo que es eso no se lo he “pedío prestao” a nadie.

—A tu madre, ingrato. Si sales a tu padre en todo. Gracias a que tu madre, siempre abnegada, te dió lo que pudo.

—Bueno, pláticas de familia, nó.

—Sinó salimos de ellas... Esto de tener un tío millonario es absorbente.

—No es el tío millonario,—terció solemnemente Rafael—, es el hombre representativo, el mayor contribuyente, el jefe de la familia más noble y más antigua... Al hablar del tío Francisco se suscita una serie de problemas...

Joaquín le cortó el discurso:

—Y que es un “contra-Dios” que esas miladas de rentas estén ahí muertas, y nosotros aquí consumiéndonos, entre mozas de labranza y señoritas “cúr-siles”.

—Y a dos velas, que es más triste que una misa protestante.

—Y sin un baile de sociedad, ni una fiesta, ni un té...—añadió Andrés que se “pirraba” por la elegancia.

—¡Madrid de mi alma!...

—¡París, París!...

...Y así pasábamos la vida.

Todos los sábados el tío Francisco nos reunía en su casa a los sobrinos. Una vieja costumbre señorial que observaba rigurosamente, como el comer los criados en la larga mesa, que formaba con la de los señores una enorme T.

La comida en la casa del tío Francisco era sana y abundante a la española. Platos sólidos, pesados y grasientos, con mucha cecina y anchos ojos en los caldos. Entremeses de la tierra: aceitunas, moradas y gordales, aliñadas; rábanos y zanahorias curtidadas, con alguna cornetilla picante; vino añejo y espeso, que alimentaba como si se hubiesen concentrado en él los jugos de la tierra, y frutas ajamonadas, abiertas del exceso de savia y de madurez.

Era una comida solemne de otras épocas en el gran comedor señorial de vigas labradas y paredes oscuras con trofeos de caza, a la luz de los historiados quinqués, que caía sobre la plata maciza de la vajilla blasonada, el cristal tallado de jarros y botellas, y los bellos centros de vieja loza del Retiro, de ese convencional estilo chinesco del Gran Siglo.

El tío Francisco presidía, teniéndonos repartidos, tres a un lado y tres al otro, de la mesa. El servicio hacía pausas, entre plato y plato, que permitían la charla. Y por ningún motivo se alteraba el ritmo de estas comidas, que parecían reguladas por el autómeta del grave reloj de caja.

El tío nos hablaba a todos con igual llaneza, tra-

tándonos como a iguales y amigos. Ningún tío se hizo, como él, accesible a las confidencias. Pero no podíamos. Siempre nos cohibían y coartaban la expansión aquellas acrimonias conque hablábamos de él en nuestras tertulias del Casino. Aquella espera incesante de "todo", del reparto de la herencia enorme, que nos hacía considerar como una miseria—tal vez como una torpeza—cualquier anticipo. Aquel afán de su muerte que nos consumía la vida.

Nó; ninguno, ni Pepe-Luis, agobiado por sus trampas, se habría atrevido a solicitar del tío uno de esos préstamos.

Y cuando, espontáneamente, nos hacía algún regalo, su tacto exquisito me sorprendía a mí, particularmente, que oía hablar de él tan ásperamente a mi padre, que se creía robado por aquellas herencias de los otros tíos solterones, y que había esperado, como toda la familia, que vinieran a él.

El tío hacía siempre estos dones en los días señalados en el calendario de la casa. En las efemérides de las tradiciones feudales, que nadie conocía en la familia como él, aunque Rafael había procurado asimilarse esa cronología con un propósito de captación de sus simpatías, totalmente ineficaz.

Terminada la cena y retirada la servidumbre, "con la venia del Señor Conde", se arrellanaba cómodamente en su sillón, y, entre el humo de los cigarros nos refería esas leyendas, con una fácil oratoria de narrador, que me seducía. Todas las hazañas de nuestros antecesores tenían una finalidad utilitaria o vanidosa. El orgullo y el interés, habían sido los móviles primarios de nuestros más gloriosos héroes. Y en las crónicas se sucedían, entreverados, las conquistas y rapiñas, con los rasgos de bravura y de al-

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

tivéz, sin que se abriera, en esa árida estepa sentimental, la corola de una flor: la aventura, romántica o galante, que pusiera sus tonos suaves en esas páginas, miniadas de sangre y oro.

Y como remate de cada una de estas leyendas, abría la caja, y...

—Estas cosas se quedan así mejor grabadas en la memoria...—decía.

Y nos repartía cinco o diez duros a cada uno, en monedas menudas cuando niños, y doscientas o trescientas pesetas, en billetes, cuando fuimos hombres.

Y tan eficaces fueron estas anotaciones crematísticas al margen de la historia de la casa, que hasta Joaquín se sabía de corrido las fechas más notables y sonadas.

Y únicamente yo me atreví a romper las normas con un gesto inesperado, que a mí mismo me asombró después, en una ocasión que me hizo conocer al tío en un nuevo aspecto, totalmente incógnito hasta aquel instante.

Contaba el tío una de estas leyendas, y, como otras veces, ilustraba el suceso con ciertas reliquias que nos mostraba al mismo tiempo, como la espada del Conde de la Vega Alta, o la coraza del caballero Pedro de Roelas.

De esta vez era un puñal, que es también un arma noble: un largo puñal "de misericordia", que hizo un nuestro deudo famoso en un torneo.

Nuestro antepasado tuvo a su merced a un barón, vecino y rival por los eternos achaques de dominios y de límites de unos señoríos fronteros, y lo reconoció en el preciso instante en que le intimaba la ren-

dición, con el puñal sobre el enrejado de la visera. Y como el barón se negara a declararse vencido...

—No quiera Dios Nuestro Señor, exclamó el buen Conde, que prive de la vida a tan bravo caballero... Y arrojó el puñal, que el Rey Don Sancho el IV, que presidía el torneo, mandó recoger, y después de hacer grabar en él las armas del vencido barón, se lo envió a nuestro antepasado con un pergamino que aun se conserva en nuestro archivo, y que podréis leer cuando tengáis un rato libre...

Fué en este momento cuando tuve yo ese rasgo inesperado. El tío había abierto la caja y arrugaba en la mano el puñadillo de billetes cuando yo, rechazando el obsequio cotidiano,

—Tío,—le dije—, regáleme el puñal.

Y el tío, que extendía ya la mano, quedó con el brazo paralizado y extendido unos segundos. La luz le daba de lleno en el rostro, grave y pálido, que se fué sonrosando lentamente, ganado por la repentina emoción, y los labios le temblaron al contestar:

—No puedo, Ramón, no puedo... Ese puñal pertenece al tesoro de la Casa, que no debe dispersarse ni perderse. Ya será tuyo, quizás, algún día, Dios mediante... Y siento que la primera vez que me pides algo, te lo tenga que negar. Lo siento... pero es que esto, no es mío...

Y repartió en silencio los billetes.

Fué la única ocasión en que ví al tío conmovido. Y tampoco volví a pedirle nada, aunque a veces notaba en él un evidente propósito de seducción.

—Oye, sobrino Ramón, a tí que te gustan tanto los libros; me han mandado de Madrid esas obras. Repásalas a ver que te parecen.

Y yo, hojeándolas distraídamente, se las devolvía con un aire que procuraba disfrazar de indiferencia:

—Las he leído... o, no conozco al autor...

—¿Si quieres llevártelas?...

—Gracias; ya le pediré que “me las preste”.

Rafael y Andrés le sacaban al tío bastante dinero. Ellos, nó, la madre, tía Andrea, intrigante y zalamera apesar de su imponente corpulencia, que hacían más solemnes sus lutos de viuda, y que había vestido, después de muertos, a todos los tíos solterones con sus largas manos, siempre frías y viscosas, como si se hubiese cuajado en ellas el sudor de los difuntos.

La llamaban “el coche fúnebre” por esta afición, y por su paso anadeante de matrona opulenta y aún de buen ver... Tenía fácil el llanto y los entusiasmos, y sabía pasar de la súplica a la acción de gracias en una admirable transición, que dejaba una pausa emotiva al enternecimiento.

Era seguro: sableaba al tío. Sus parcas rentas no daban para aquellos lujos de Andrés—sus corbatas detonantes, sus botas de charol—y la pensión de Rafael en Granada, aparte los libros y las matrículas,

JOSE RIAL

sin contar algunos derrochos "nom sanctos", porque al futuro magistrado le gustaban las "juerguecitas sordas",—sin dar que hablar ¿eh?—, que son las más caras.

La madre de Pepe-Luis, sin saberlo su hijo, eso sí, también se dejaba caer por la casa de tarde en tarde, y siempre con aquel aire de sufrimiento que la hacía tan interesante.

El óvalo pálido de la tía Lola, tenía para mí un exquisito encanto amoroso. Habría querido consolarla como un hermano, besando sus manos pulidas como un amante. Esas manos de marfil, largas y exangües, que parecían acariciar... Y los ojos, inmensos, habían llorado tanto, que parecían, perpetuamente cuajadas en ellos, las lágrimas de la Dolorosa.

Sus penas de madre continuaban sus penas de esposa. Pepe-Luis era su padre redivivo. Todos los vicios reunidos en un tipo endeble y amarillento, de labios finos y sedientos como heridas; la nariz larga, olfateando la podredumbre, y un aire de pereza incurable, como cansado desde antes de nacer de las noches de crápula.

El padre de Joaquín no pedía, pero firmaba letras y pagarés, que el tío Francisco recogía, velando por el honor de la familia.

Y mi padre y el de Julio, vivían de lo suyo, con hartas estrecheces.

Mi padre era primo hermano del tío, hijo de otro hermano del Mayorazgo anterior, segundón, como tía Lola. Tía Andrea y el padre de Joaquín, de una hermana. El de Julio del hermano tercero, y luego seguían los tíos solterones.

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

Yo era, pues, el heredero del título, lo que mantenía recelosos a los otros primos. Recelos que yo procuraba disipar exagerando mis codicias de heredero, en ese afán de emulación de los pecados de los muchachos débiles, en contacto con los profundamente corrompidos.

En el fondo me sentía secretamente halagado por esta esperanza de un título, de algo que no era precisamente dinero aunque lo representara, y que dejaba en un honesto segundo término la cuestión de la herencia: la masa de valores en que mis otros primos hundían las manos codiciosas, y sumían las almas en un ansia voluptuosa de goces y placeres.

Yo juro que si el tío Francisco me hubiese enviado a París con una pensión modesta—la suficiente para pagar el escote en la cena de Mimí—, habría consentido gustosamente en ser el sobrino eterno de tan buen tío. Y creo más: creo que si se lo hubiese pedido no me lo habría negado.

Pero me detenían mis primos y mi padre. Mi padre—un padre excelente—, que había heredado aquella tendencia adquisitiva de la familia: aquel afán de acumular honores, tierras, riquezas...

Apesar de lo parco de nuestras rentas, mi padre ahorraba. Viudo con un solo hijo, no tenía sino una pasión: la caza, que era un pretexto para nuevos ahorros; pues lo que cazaba le servía para hacer regalos a los burgueses del pueblo—amigos de la escopeta como él—, en los que la noble afición igualaba la jerarquía, y que no pudiendo dedicar al deporte más que los domingos y las fiestas, devolvían los obsequios en succulentos productos de la matanza, o en frutos y golosinas que abastecían nuestra sobria mesa.

JOSE RIAL

Mi padre no le perdonaba al tío Francisco las herencias de los tíos solterones. Aquel rosario de tesoros y de propiedades que fueron a volcarse, como arcaduces de noria, en el pozo sin fondo del patrimonio señorial.

El "Abuelo", el "Conde viejo", como lo llamaban aun, patriarcalmente, en el pueblo, tuvo nueve hijos, entre los que repartió el caudal, mejorando, según costumbre, al Mayorazgo. Los seis que murieron solteros, vivieron unas existencias sórdidas consumidos por la avaricia. Y los casados, que hicieron malas bodas, tuvieron que hacer frente a la vida con sus rentas, obligados a mantenerse en un plan de grandeza que no les permitía el ahorro—esa virtud que era el gran pecado familiar—; y sus capitales, que se dividieron después fraccionándose entre sus descendientes, se redujeron más y más.

Y yo creo que los afanes de disipación de mis primos, eran otras formas de la vieja codicia heredada, que se disfrazaba, en los años mozos, de esas ansias.

Y de ahí el acecho paciente y penoso... Las reuniones estas, de conspiradores, en el rincón del Casino, a la ida y a la vuelta del tío Francisco de su paseo cotidiano.

En verano la llegada de los primos Rafael y Julio, de Granada y Cádiz, nos traía, con el perfume de su estudiantina, bocanadas de aire puro, tonificante y fresco: un hálito de juventud que aclaraba la densa atmósfera de nuestra existencia de señoritos de pueblo, color de hábito, como una penitencia por su esterilidad. Color de hábito, ese color que disimula y reviste todas las incurias... ¡Que vidas!...

La mía, la mejor y más clara, de Poeta pueblerino, encerrado entre los tapiales y las tierras pardas, buscando en ellos los motivos de una inspiración encañijada, que se escapaba sin cesar oteando nuevos horizontes, como un pájaro enjaulado que cantara los alambres, el cañizo y el cajoncillo del alpiste...

Las de Joaquín y Pepe-Luis, que se deslizaban entre aventuras procaces, husmeantes a porqueriza y establo.

Y la otra vacía de Andrés, consumida entre novenas, visitas de cumplido y de pésame, acompañando a su madre y haciendo el niño entre las faldas de las solteronas beatas, que aun lo besaban...

O los vicios: la borrachera en las bodegas a fuerza de trasegar: más que embriagados, ahipados del líquido, que no puede vencer las naturalezas: los es-

tómagos que "han hecho solera" como los viejos bo-coyes, y en los que el vino cae agitando heces y fermentos y produciendo turbias borracheras, que revuelven las pasiones ancestrales y los odios dormidos...

El juego sórdido—al monte, al julepe—, en que se disputan ferozmente las rentas y lo que se arriesga es el pan, ganado con el sudor de los otros, y que viene medido y escaso a poco que la suerte se muestre adversa...

Vicios sin grandeza y sin elegancia, como necesidades. Vicios que el vacío de la existencia mísera hace imperativos, y hay que satisfacerlos de cualquier modo, para calmar los apetitos salvajes que se disfrazan con ese nombre.

Todo sucio, reñoso y pobre... Como los campos de secano padecían sed de agua, así nuestras almas padecían sed de espiritualidad: de algo fresco y jugoso. De bocas sanas y limpias de las que surgieran, en palabras, pensamientos limpios y sanos. De amores en que el Deseo fuera el pretexto para amar y la carne esclava del espíritu.

¡Ni aun el amor de Dios era en nosotros puro!... La Iglesia, con su silencio y su oscuridad, se nos ofrecía incitante como una invitación al sacrilegio. Silencio y oscuridad; miedo a la luz y al grito. A la alegría de amarse a pleno sol y de proclamarlo a voces estremecidas de la gratitud de sentirse amado y de comprenderse dignos de ese Amor triunfante y envanecido de su propia grandeza y excelsitud.

El amor en este pueblo busca las encrucijadas y los callejones sombríos y habla por las ventanas traseras como a traición... Es su sabor más grato el

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

picante de lo prohibido. Porque lo han abominado tanto, que se ha hecho abominable.

Y el otro amor oficial es tan sandio y tan insípido, que dá a conocer anticipadamente todo el tedio que aguarda en la vida conyugal. La pareja, en un rincón del comedor, vigilada por la madre y murmurándose en voz baja y al oído sus ternezas, con una inconsciente falta de tacto, que las costumbres sancionan...

La vigilancia materna, desconfiada e ineficaz, tiende a guardar, sobre todo, las apariencias. La madre, acansinada por el trajín de la casa, se aduerme. Y lo que ha de suceder sucede, con la agravante de ese sagrado sueño, profanado por los deseos, torpes y rudos.

¿Como pudimos pasar así los más bellos años de nuestra juventud, acechando esta existencia sencilla y sin misterios, que todos los días recorría su círculo como las agujas de un reloj?...

Alto, cenceño, vestido de negro muy correctamente, el tío pasaba todas las tardes, a las cuatro en punto, con el cura y el médico, a su paso lento y distraído. Atravesaban la plaza, salían por el callejón de las Animas a las afueras, y tomaban el camino del cerro entre las huertas, andando apaciblemente, parándose un momento y volviendo a andar...

A través de los cristales, nuestras miradas codiciosas seguían las tres sombras negras,—el cura, más bajo, al centro,—que se estilizaban con la distancia, formando una M simbólica en que nosotros leíamos

JOSÉ RÍAL

la palabra "Muerte", sin que pudiéramos traducir lo que moría...

Y lo que moría, anémica, yerta por carencia de ideales, era nuestra Juventud.

La noticia la trajo Pepe-Luis, el que, con la emoción, la dió en trágico:

—¡El tío se muere!

(Todos teníamos innumerables tíos, pero el "Tío" solo podía serlo él).

Algunas semanas antes, este notición nos habría conmovido. No muy sinceramente, pero por el buen parecer, habríamos guardado una actitud correcta en esta hora de animación del Casino. Pero después de los alarmantes rumores de aquellos días, el egoísmo brutal se impuso a todas las conveniencias.

—Pero es ¿cierto?

—¡No caerá esa breva!

—¡Si me engañas, te ahogo!

—Eso de tener un cuñado médico es muy peligroso...

Y yo mismo, sí, yo mismo, cegado por esa misma codicia monstruosa, exacerbada por la inquietud de la boda del tío, lancé también mi frase feroz:

—La Muerte es, a veces, oportuna...

Sí, esto dije. Y aquí queda escrito en estas Memorias mías. Esto dije a los veinte años y con la vida abierta ante mí, en una evocación fervorosa de la Muerte...

Era tan verdadera la noticia de la enfermedad, como lo había sido la de la boda. El tío Francisco y la hermana del médico no tuvieron noviazgo. No hu-

bo sino la sencilla petición de mano aceptada,—con los brazos abiertos, decíamos nosotros—, y el ajuar de novia encargado a las Adoratrices, donde lo supo la tía Andrea, que lo propagó escandalizada por todas las tertulias y las sacristías, haciendo intervenir a tío Anselmo, el guardián de los Franciscanos; a tía Clara la Superiora; y aun quiso conseguir una visita de nuestro otro tío el obispo, que dirigió al Mayorazgo varias cartas, llenas de advertencias y consejos.

Como sinó... El tío se había decidido después de pensarlo mucho según su costumbre,—un año, dos...—y oponía a todas las razones la característica tozudez de la familia.

—Lo he resuelto después de meditarlo largamente... No es el Amor, que sería ridículo a mi edad, ni uno de esos bastardos sentimientos, irrefrenables, de ciertos hombres maduros... Es un afán muy legítimo de tener un hogar y una familia, que disipe el tedio de mi casa, demasiado grande para mí...

—Nos tienes a nosotros, le replicaba tía Andrea entre suspiros. A mí, que me sacrificaría gustosamente para formar en torno tuyo ese hogar que te hace falta...

Pero tío Francisco no aceptaba el sacrificio. Decidido a inmolar una víctima, prefería a la hermana del médico que, por lo suculenta, sería grata a los viejos penates del larario familiar...

—Y a todos los dioses de la Mitología por exigentes que fueran,—añadía Julio—. Yo lo que espero es que el tío no esté a la altura de las circunstancias. Pero la hermana del médico es muy capaz de renovar las tradiciones de la Casa, lanzando al mundo un cardumen de condésitos.

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

—¡No me los mientes siquiera!

—¡Hombre!... Yo creo que, decidido el hombre a formarse un hogar, lo querrá con el argumento y cantares que requiere la obra...

—Para obra, pero que muy malita, la que nos ha “jugao” “er” tío ese, a “última” hora...

—El Quijote en dos tomos y en pasta.

—No hables de pasta. Estamos “encuadernaos a la rústica” “pa” toda la “via”. Y yo, antes que “seguí” “asin”, me voy a jugar me la mía.

—¿Es lo único que te queda por jugar?

—Y la del que se me atraviese.

—Vamos, Joaquín...

—¿Pero no “vé” a este “asaura mía”, que “toavía” “tíe” gana de “hacé” chiste con lo que nos está pasando?

—¿Y que quieres que haga, monumentos funerarios?

—Esos ya los harás cuando seas médico.

—¡Chócalá! que has estado bueno... Si esto del chiste es contagioso...

Pepe-Luis no había exagerado. El tío se moría. Y se moría de un mal extraño y terrible; de una tremenda dolencia inesperada: una especie de cólico, con ataques, vómitos y calambres intensos y dolorosos.

Esto fué lo que nos dijeron los criados. Y en la espera “de lo que fuese”, nos constituímos los sobrinos en guardia permanente en el salón, a las órdenes de tía Andrea, que se encargó del gobierno de la casa, desplegando una actividad febril.

Los primos se habían ido a cenar al comedor, y yo, que no tenía apetito, me quedé en la Biblioteca, frontera a la alcoba, hundido en un sillón, en la penumbra de esa hora indecisa del anochecer.

Las habitaciones se sucedían en hilera, todas oscuras, hasta el comedor, donde se recortaba en escorzo, fuertemente iluminada, sobre el zócalo de roble negro, la tía Andrea que presidía la mesa, muy pálida, y como fatigada por el ajetreo de aquellos días, pero conservando su altiva prestancia y su aire dominante y señorial.

Tío Francisco estaba con el médico y oí su voz preguntando:

—¿No hay nadie?... ¿Está V. seguro?

No sé aun porqué—no lo he sabido nunca—, permanecí callado en mi rincón, y me hundí aun más en la butaca cuando salió el doctor y escrutó la Biblioteca con sus ojos miopes, deslumbrados por el brusco tránsito de la luz a la oscuridad.

—Nó, no hay nadie. Deben estar todos en el comedor...

Y he aquí como recibí yo también esta terrible confidencia.

El tío Francisco se oponía a la consulta. Lo había dicho ya terminantemente ante nosotros, expresando su inquebrantable confianza en el médico su amigo, casi su próximo pariente ya... Y ahora lo confirmaba nuevamente y con mayores energías.

—Es que yo se lo afirmo rotundamente, don Francisco. No conozco su mal.

—Ya me lo ha dicho V.

—Pero tengo una sospecha, que me muerde, que no me deja vivir. Y esta sospecha me obliga a requerir los auxilios de mis colegas, y muy particularmente del Dr. Díaz Moreno.

—No permitiré que me reconozcan. Y ese menos que ningún otro.

—¿Que dice V.? (Y la voz del médico traspasó una emoción frontera al espanto).

—Ese menos que ningún otro...—confirmó la voz del tío Francisco—. Ese especialista en toxicología, mucho menos. ¿Me entiende V. amigo don Juan?

—¿Pero es que V.?...

—Nó; yo nó... Cuando se aspira a ser feliz, y yo lo habría sido con su hermana, no se hacen esas cosas. Ni aun siendo el más desdichado de los hombres lo habría hecho. Mis creencias, y aun más que mis creencias, mi propia dignidad, mi concepto de mi deber social, me lo habrían impedido.

—Pero es que mi profesión también a mí me obliga.

—Todos tenemos nuestras obligaciones.

—Es que la mía es la más imperiosa. Soy responsable de su vida.

—Mi vida, amigo mío, importa muy poco ante lo que está en riesgo. Yo sé positivamente que es verdad, lo que V. no he hecho más que sospechar. ¿Que quiere V.? Hay amores tan exclusivos, tan monstruosos, que excluyen todos los demás.

—¡Pero es que esto es un crimen!

—Aun sería mayor si se descubriera. Así no hay sino una víctima: yo. Si esto llegara a saberse lo se-

LA HERENCIA DEL TÍO FRANCISCO

rían todos los míos. Todos los que viven y los otros: los que debemos continuar...

Son siglos de nobleza y de heroísmo, de honor y de grandeza... Quedan pocos restos así, tan bien conservados, de estas instituciones de otros tiempos.

—Pero esa abnegación de V., ese sacrificio, es absurdo. ¿Cree V. que en la historia de estas grandes Casas no habrá algún episodio parecido?...

—Sí; pero las víctimas han muerto, como yo, antes de permitir que una mancha tan fea como esa desluciera el brillo de nuestro blasón.

—¿Y sospecha?...

—No sospecho, lo sé... Y como no tengo derecho a dejar en libertad esos instintos, haré que el culpable se juzgue a sí mismo y se condene.

...y a V., amigo mío, hermano mío, por mí, por mi memoria, por el sagrado honor de esta Casa, que iba a ser el de su hermana, ¡por ella misma!, silencio... ¡silencio! Que no se sepa... que no se murmure... que no se sospeche...

(La voz del tío se hizo ronca, e interrumpida a trechos por sordos gemidos).

—Todos tenemos en la vida alguna misión desconocida que cumplir... Yo creía la mía estéril y vacía, y he aquí que el Destino me tenía reservado un puesto muy honroso... Que es bello morir así, oscuramente, por mantener sin tacha el honor de un gran nombre...

He heredado el título, que tío Francisco me dejó, con las cuantiosas rentas del Mayorazgo. A todos mis primos señaló en su testamento sumas bastantes para vivir honrosamente. A la hermana del médico la donó, en vida, una hacienda en otro pueblo lejano. A tía Lola una renta vitalicia. Y a tía Andrea una dote considerable para su ingreso en el convento de Capuchinas.

No he ido a París ni he recorrido el mundo. Vivo en el pueblo, y me he casado dos veces sin tener sucesión.

Mi padre, que administraba mis fincas, ha muerto dejándome mucho más rico, lo que me permite extender la misión social de la Casa, con fundaciones útiles, que llevan el marchamo de su tiempo. Cada época reserva a cada fuerza su misión. Y esta Casa es, indudablemente, una gran fuerza, que durará mientras se ejerza: mientras tenga una misión que cumplir. Después acabará y se perderá en la Historia.

Mi primo Julio, el médico, que me acompaña todas las tardes, permanece solterón.

Pepe-Luis murió tísico y a Joaquín lo mataron en una pendencia estúpida.

Andrés se casó con una tendera viuda y rica poco antes de profesar su madre, y Rafael, que es secretario del Ayuntamiento, con la hija del cacique de un

JOSE RIAL

villorrio inmediato, que le ha traído en dote alguna importancia política y ningún dinero.

Los dos han tenido un cardumen de hijos, que han ido creciendo y son ya hombres. Y todas las tardes salgo, con Julio y el párroco, a dar mi paseo habitual hasta el "roble grande", desde donde contemplamos la contornada.

Las obras del ferrocarril, que avanzan rápidamente, nos enlazarán pronto con el resto de la provincia. Los campos mejoran. Y hemos ensayado el cultivo intensivo en nuestros cortijos, para exportar el sobrante de las cosechas.

Respiramos bajo los pinos el aire embalsamado de resina, y en la tarde, apacible y serena, se deslíe el humo de los cigarros...

He hallado en estas contemplaciones cotidianas nuevos motivos de inspiración para mis versos, que imprimo, en ediciones muy reducidas, para regalárselas a mis amigos. Me he dedicado también, con afán, a la Heráldica...

Mis rentas se acumulan redorando los blasones de la Casa y ampliando las posesiones que agregó al patrimonio señorial la actividad de mi padre. Y he iniciado una industria vinícola, con bastante éxito, que lleva mis armas...

Todas las tardes, al ir y al volver de mi paseo, saludo a mis sobrinos, que me esperan al paso asomados al último rincón del Casino, que ya tiene un nombre puesto por la malicia popular: "el Infierno del Dante"... Porque en él hay que perder toda esperanza...

Los sábamos cenamos juntos y les relato las tradiciones familiares que deben pasar a la posteridad. Los archivos secretos de la Casa que he ojeado, solo

LA HERENCIA DEL TIO FRANCISCO

podrá conocerlos mi sucesor. Y he añadido a ellos estas Memorias.

Mis sobrinos son chicos endebles, minados por la ociosidad, y que hacen una vida lánguida y absurda, sin un ideal.

Ayer, precisamente, presidi el entierro del hijo mayor de Rafael. Tenía veinte y tres años, y estudiaba Derecho, en Granada, como su padre en otros tiempos...

Los demás se pasan la existencia carcomida por la vagancia, en el Casino y en torno al tapete verde, o en fáciles amoríos...

Han muerto todos los tíos. Y solamente vive tía Andrea, que continúa en el convento de Capuchinas, cuya clausura es muy severa.

Faro de La Isleta—Gran Canaria—Año 1925.

“MEMORIAS DE UN SOLITARIO”

A mis hijos Pepe y Alberto, que se preparan para vivir esta existencia, para que encuentren en esta obra un antídoto contra las acechanzas y los bebedizos de la Soledad, esa Circe de los Faros aislados.

A MANERA DE PROLOGO

Carta abierta a mis jóvenes compañeros de carrera.

Amigos míos:

Vá esta carta a restablecer el trazo de aquellos rumbos, que,—como en los tiempos en que un grupo de entusistas escribíamos “Faros y Balizas”, aquel bello exponente del despertar del Cuerpo—, tendían una red cordial en torno al faro en que yo prestaba mis servicios:—el de Martiño, en la Isla de Lobos—; y que me hicieron poner en este Cuerpo nuestro un amor, que aun no ha remitido, apesar de tantos años y de tantos desengaños.

Aquella Rosa de los Vientos del Espíritu, ha perdido sus pétalos... Muchos de aquellos entusiastas de mi promoción—la más numerosa, la que aun hoy forma cerca de la mitad del escalafón—, ha envejecido, de alma, que es la vejez irremediable; otros se han cansado; y algunos se han muerto... Y yo busco en la Juventud aquellos ímpetus, que a mí no me han abandonado. Que han mantenido firme esta creencia, que se ha superpuesto a las humillaciones y amarguras que vertían los hechos cotidianos en nuestra carrera, sobre los hombres que teníamos un concepto elevado de la dignidad, basado en este convencimiento: la grandeza de nuestra misión augusta.

La fé, la confianza, de que formábamos parte de una Humanidad, aun remota, que comprendía,—

A MANERA DE PRÓLOGO

que ya lo vá comprendiendo—, que el Deber más alto y digno de respeto es el de los hombres que se sacrifican por los demás hombres. El de los héroes de lo que se crea y permanece, infinitamente más grandes que los otros héroes de lo que se aniquila y destruye.

Yo aspiro a crear entre los Torreros nuevos este concepto, en mi ya viejo. Yo sueño en esas generaciones de Torreros convencidos de la alteza de esta misión sublime, que desdeñen la categoría material y exalten la categoría moral. Que sepan darse cuenta de que las acciones humanas más generosas, las que enaltecen el prestigio del hombre y de la colectividad que las realiza, no se pagan con un sueldo crecido, sino con el aplauso y la admiración del Mundo.

Yo he escrito en veintitrés años, cientos de artículos desde todos los faros de estas islas, y en la mayor parte de ellos se desliza este concepto austero de nuestro deber. De este deber que pertenece a esa categoría de deberes que aun no se han clasificado honoríficamente apenas:—el del explorador que descubre una nueva tierra; el del científico que halla una nueva Verdad; el del sabio que incorpora una nueva ley—; pero que se van clasificando ya como útiles. Y la utilidad es el comienzo del reconocimiento y de la glorificación.

De ahí que yo espere ver, algún día, que se haga de los Torreros de Faros una apoteosis como se ha hecho de los aviadores, que han unido las tierras apartadas a través del aire sin fronteras, borrándolas, burlándolas, reduciéndolas a su bajo nivel de separaciones entre los hombres, nacidos para amarse. ¿Qué es un aviador, sino el chófer de un taxi aéreo?... Y todos lo hemos visto exultado por el halo de

la gloria... Pues así nosotros tendremos, el día del reconocimiento universal, esa misma exaltación de nuestros silenciosos heroísmos. Porque han sido inmolados a ese mismo Culto; porque ha sido, tal vez, la primera manifestación de la solidaridad humana la erección del primer faro; porque con él se elevó el monumento a todo lo que une, sobre todo lo que separa.

¿Habéis pensado, amigos, en esas noches, tan largas, de la guardia, y tan propicias a la meditación, en que esas ráfagas de luz de nuestros faros son el único lenguaje universal?...

¿En que esa simple raya discontinua de la luz, que va trazando su órbita, iba rompiendo todas las tinieblas de los siglos oscuros y destruyendo la leyenda de Babel y de la confusión de las lenguas; la maldición bíblica del viejo Testamento que divide a los hombres por el castigo y la venganza, y que el nuevo echa abajo con la concepción fraternal del Cristianismo?...

¿Habéis comprendido que estas rayas y puntos de nuestro Morse luminoso, las traducen todos los barcos a todos los idiomas, y que nació con ellas,—¡hace 3.000 años!...—, de aquel grito encendido de la torre de Ptolomeo Philopator, en la isla de Pharos, ese lenguaje universal formado de palabras animosas, de máximas confortadoras, de voces de aliento, de consejos, de ayudas, de palabras del lenguaje maravilloso que han de hablar los hombres cuando se desvanezcan en el tiempo los otros dialectos de los nacionalismos, de las religiones, de los orgullos y de las envidias?...

¿Habéis imaginado que un alemán, un japonés, un australiano, un ruso, un lapón, un zulú, traduce ese

A MANERA DE PROLOGO

idioma y lo comprende, y sabe, por él, que "allí" está la costa y "aquí" el arrecife; que a un lado está la vida y al otro la muerte—las dos líneas inflexibles entre las que la Humanidad se mueve y anda y progresa—, y que es el Torrero el que, con un simple gesto de su mano, puede hacer que la vida sea la muerte y la muerte la vida, para todas esas luciérnagas que giran en torno a su lámpara, y que son apenas, para él, en la distancia, como una zarabanda de insectos enloquecidos, menos aun que las aves marinas, que siente palpar después del choque contra los cristales de la linterna?...

¿Y vosotros, Torreros, no os habéis poseído, en esos instantes augustos, de la trascendencia de ese gesto nuestro salvador, que puede ser destructor, puesto que la trascendencia en la Tierra, está, todavía, en el poder de destruir y de aniquilar?... ¿Os habéis comprendido, como yo, en esos instantes únicos, grandes entre los Grandes, poderosos, vencedores de la tentación de hacer el mal, innata en el hombre para convencerse de su poderío?...

Porque no hay que olvidar que poderlo todo equivale a tenerlo todo. Y puesto que renunciamos al mal y a la destrucción y al poderío para sumirnos en nuestra existencia anónima, es porque somos buenos. Y ser bueno es superior, es más alto y más difícil, que ser malo.

Yo he pensado muchas veces en la posibilidad de que un Torrero falte deliberadamente a su misión. Trastrueque la apariencia de su faro de manera que se confundan sus cuadrantes, y donde está la vida del puerto con sus seducciones y sus acogimientos, se alce el cabo ceñudo y la roca hostil; y donde estaban los riesgos, esté la salvación y el reposo.

A MANERA DE PROLOGO

Y cuando se produjera, en una noche propicia de vendaval y de brumas, una de estas catástrofes que enlutan la "verdadera Historia del Hombre", este Torrero proclamara anarquicamente, y "urbi et orbi", que había querido, como Erostrato, hacer comprender a los demás hombres la misión magnífica de sus compañeros de carrera. Que había querido hacer justicia, a su modo, al anónimo sacrificio colectivo de los ermitaños de la Costa, proclamando, con esa tragedia, la tremenda ignorancia en que se estaba del destino de esos solitarios, abnegados, que pudiendo formar en torno a ellos un halo de terrores, se sumían en ese otro cerco injusto de desdenes.

Porque para el capitán, como para el viajero, el Torrero es un personaje oscuro, desdibujado y subalterno, en la mecánica de la navegación. Exactamente como el verdugo es el mecanismo de la pena de muerte de la Justicia, que se yergue sobre las cabezas más altas de los Estados, lo mismo que un general se apompona y se prosopopeya porque puede mandar disparar sus cañones a los soldados... Pero es porque el verdugo no ha hecho nunca justicia por él mismo, ni el soldado ha apuntado los cañones por su voluntad. Esto es: no han dado a comprender su posibilidad de hacer lo que los otros.

Y todo esto, que forma la filosofía de nuestra carrera, su meollo espiritual, la grandeza de su servidumbre abnegada, yo he querido exponerlo escuetamente en este libro, que es el drama real de un compañero de mi promoción. De los tiempos heroicos en que teníamos que improvisarlo todo porque no íbamos preparados para nada de aquello,—tan nuevo e incomprensible—que nos esperaba.

Y que he escrito en un faro—el de Pechiguera—

donde viví 29 días absolutamente solo—, para poder paladear y trasladar al papel el sabor y el ambiente de esa tragedia vulgar, rehuyendo lo demasiado gráfico, para evitar que me salga al paso,—como cuando publiqué mi novela “Isla de Lobos”—, la crítica ignara de algún compañero afortunado, de los que no conocen esa vida, o la otra crítica petulante, de algún señor ensoberbecido y pretencioso.

¿Vais comprendiendo, queridos compañeros jóvenes, cuán distinta es esta concepción intensa de nuestra misión, a la otra vulgar encasillada entre los artículos de un Reglamento y las plantillas de un escalafón?... Con el Reglamento antiguo, sobre todo, ¿cómo habría podido yo alzar la cabeza orgulloso, sinó me hubiese formado este concepto de mi deber?...

Yo recuerdo que, una vez, un jefe que medía a los hombres por su rasero económico, me dijo que, para él, un hombre como yo, que se resignaba a ser Torrero de Faros, era, simplemente, un fracasado...

Y materialmente, económicamente, esta apreciación era exacta. Estableciendo la paridad entre mis posibilidades y lo que me pagaban por ellas, tenía razón. Pero un escritor norteamericano—es decir de la tierra donde los hombres se cotizan a más altos precios por sus posibilidades—Edgard Poe—que murió borracho y vivió miserablemente—, también fué, económicamente, un fracasado. Y, que yo sepa, a aquel jefe mío, que ya murió, solo lo conocieron sus familiares y sus subalternos. Y a Edgard Poe toda la Humanidad...

Y yo he encontrado, amigos, este secreto maravilloso: la paridad de mi deber de Torrero,—tan mal

A MANERA DE PROLOGO

pagado, sobre todo en aquellos tiempos—, y los beneficios, que este deber mío le reporta a la Humanidad... ¿No se elevan estatuas al soldado desconocido, al héroe anónimo al que los generales empenachados se lo deben todo?... ¿Al que en realidad se ha visto y se ha tócado que es el triunfador en la escuela y terrible guerra moderna?... Pues del mismo modo, nosotros podemos tener la esperanza, de que el monumento al Centinela del Mar, se elevará algún día...

Y este monumento, que nos comprenderá a todos, —como comprende la catedral gótica a todas las cofradías anónimas de sus artistas oscuros— esta obra de Arte impersonal glorificadora, será, siempre, más grande que la que se levante a un hombre. Como es más sublime y más ingente la idea del Dios que la de los Santos. Y el Dios es algo desconocido y difuminado e inconcreto, como el Valor, la Abnegación, el Sufrimiento, y toda la escala tónica de los magnos sentimientos universales.

ENVIO

Yo he querido condensar en esta Novela, el drama íntimo de todos vosotros.

La primera batalla contra las asperezas de la vida aislada, que es la que hay que ganar a todo trance... ¡Cuántas veces, las vocaciones, se han malogrado en este primer combate!...

Hoy son menos duras las condiciones de esa lucha, pero aun quedan las suficientes para enfriar los entusiasmos, para torcer los rumbos y amargar los caracteres...

A los que han luchado, como yo, contra el aislamiento y lo han vencido; a los que han puesto como

JOSE RIAL .

triacas contra los diabólicos sortilegios de la Soledad,—esa Circe que transforma a los hombres en bestias—, el bálsamo de la amistad y del compañerismo, flores preciosas de esos eriales; a los fuertes, a los triunfadores de todas esas acechanzas, yo envío, como un laurel, las sensaciones de admiración, de espanto y de piedad que despierte, en el lector, la desdichada víctima de esta Novela episódica y absolutamente real, de la vida—al margen de la Vida—en los faros aislados.

EL AUTOR

Faro de Anaga—Tenerife—Año 1935.

Junio 11.

Se me ha ocurrido escribir mis Memorias. Es un medio de llenar estos largos silencios de las noches de guardia.

No creo que unas memorias hayan de ser precisamente la historia de un hombre. Basta con que sean la historia de los días o los meses en que el hombre vivió una vida que merezca historiarse. De mi existencia anterior no recuerdo nada interesante; yo no he sido antes de ahora sino una cosa muy vulgar y muy inútil: Bachiller... Lo demás pertenece a la novela de la especie.

Hasta este momento no había comprendido toda la tragedia de la inutilidad de mi existencia, y ha sido preciso que me vea en este extremo del mundo, para darme exacta cuenta del hermoso tiempo que he perdido. Yo soy, como hombre, de una torpeza increíble; no sirvo para nada, absolutamente para nada de lo que sirve cualquier otro.

Un hombre, en este cabo del universo civilizado, logra mantener con el esfuerzo de sus brazos una numerosa familia. Del mar salen la casa, el pan y el vestido, que traen a tierra todos los días en los cuencos de estas lanchas.

Esta es la primera sensación que he podido recoger en mí mismo, y que me parece digna de ser anotada:

la plena convicción de la inutilidad de mis bagajes para el camino que he emprendido.

II

Junio 20.

En este faro somos dos torreros: el encargado y yo. El encargado es casado y celoso; y aunque no viejo, lo parece; tendrá cuarenta y cinco años; pero muestra todas las arrugas de una vejez anticipada; y aun más repliegues en el alma que en la piel.

Ha vivido mucho en faros, desde que nació; y aquí los días tienen dos o tres veces más horas que en las ciudades.

Es increíble lo que se alarga una de estas horas. El otro día quise medirla, y en vez de leer o escribir para olvidarla, me propuse dejar caer, con toda su lentitud, esa vena de agua del tiempo.

El tiempo fué devanándola en el tambor del reloj. Yo observaba la sombra de la torre en la tierra, y la barra del pararrayos me servía de varilla del cuadrante solar. Era apenas al principio una gota, un grano de arena que yo suponía un poco más grueso que los demás, como un avemaría en el rosario del día.

Pero la gota se fué devanando en el tambor, en un hilo aceitoso cada vez más largo, como una seda, como una arista, como un rayo de luz... Y yo lo sentía crecer sin descanso, y alargarse hasta el infi-

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

nito; hundirse en el mar hasta sus abismos, y seguir pendiente, recto, inmóvil, de la araña de oro del Sol.

III

Agosto 7.

He enviado en el barco de servicio quince cartas a otros tantos amigos. Nunca he tenido tanto que escribir como ahora, que no me pasa nada. Y es que antes no tenía tiempo para evaluar mis sensaciones, y se me iban las ideas en el tumulto de las palabras. Como Numa Roumestan, creía que hablar es una ocupación tan absorbente, que no deja pensar.

Mis amigos se asombran de estas cartas mías, tan largas y tan literarias, y las atribuyen al cielo, al mar, a la soledad: son obras del Tiempo.

Y no es que me falten ocupaciones. Si quisiera atender a mi vida, no tendría libre ni un minuto; pero eso de gastar la vida en atenderla, se me antoja grosero y animal.

Yo tenía una porción de exigencias. Hay en mí un tipo,—el Bachiller probablemente—, de lo más molesto e insoportable, que vive en mi “yo” y lo tiraniza. Un detalle: el Bachiller se empeñó en ponerse cuello y camisa limpia todos los domingos; esto duró, naturalmente, lo que duraron los cuellos y las camisas limpias que traje de casa. Ahora, que he de lavarlas, me contento, lo contento debí decir, con pensar que me tengo que mudar, que me debía mudar. Y el esfuerzo de reflexionar en que es domingo y

debía mudarme, me trae la convicción de que, efectivamente, me he mudado.

Esto de lavar, y más en invierno, cuando no vienen las pescadoras, es penoso; pero fregar me parece mucho más penoso todavía.

Voy amontonando los platos y pensando,—como en ponerme camisa nueva y cuello los domingos—, en que he de fregarlos. Aun me quedan tres, dos, uno. Y al fin voy, renegando, a la playa, los sumerjo en un charco para que las olas los batan bien y frieguen por mí, los baño en agua hirviendo, los seco, ¡y hasta la otra semana!

IV

Agosto 20.

Mi novia me ha escrito. Ordinariamente mi novia me escribe, con sus letras agudas y correctas, muchas deliciosas tonterías y chismes de ciudad; pero yo no sé que le habré dicho en mi última carta, que la suya es toda ella una lamentación. Podía expresarse como un pañuelo empapado en lágrimas.

¿Qué habré yo escrito, señor? No recuerdo... Y no conviene tampoco esforzarse mucho en recordar. Lo he comprendido: es un síntoma fatal esta preocupación por la palabra ida o por el pensamiento que se escapó.

V

Agosto 22.

Acabo de atrapar el trozo de vida aislada que le trasladé a mi novia. Es estúpido; estas cosas no deben contarse, ni aun entre burlas, como yo lo hice. No es posible engañar a una mujer a esta distancia en un lugar como este: se escribe demasiado sinceramente. Y entonces, ¿para qué estas Memorias?... A mi madre, a mi novia, a todas esas naturalezas sensibles, les bastaría el trozo más insignificante de esta vida mía para comprenderla en todo su horror, desnuda de impresiones literarias; y yo no tengo derecho a hacer eso.

Yo he venido aquí a hacerme hombre. Tengo una carrera y he de cursar esta asignatura del aislamiento como estudié las otras. ¿No obtuve Notable en Algebra? ¿Y tenía, acaso, antes de venir aquí, la más remota idea de la cantidad negativa de hombre que era yo?...

VI

Agosto 29.

Hacer el pan es una fiesta en la casa de mi compañero, y comer este pan tierno que él me regala, es

otra fiesta para mí. Yo quisiera que me enseñara a hacerle; como diariamente pan bizcochado, seco y duro, o galletas de barco que he de humedecer para poderlas mascar. Pero aunque mi compañero no es avaro de sus conocimientos, éste de hacer pan le dá tanto prestigio, que dudo mucho que acceda a trasmitirme la fórmula sagrada. Mi título de Bachiller debe molestarle como una ofensa personal.

No sé, sin embargo, si me haría verdaderamente un favor trasmitiéndome el secreto; porque de este pan emana un delicioso perfume de añoranzas.

VII

Septiembre 15.

Mi novia se ha tranquilizado, pero mi madre nó, y me anuncia un envío de ropa blanca "para que te mudes con frecuencia"... ¡Si me viera!

Me he dejado la barba, una rala barba naciente que cae en hebras lacias en torno a mis mejillas, dejando ver la piel a trechos. El cabello me lo cortan ahora los pescadores; en invierno, ya veremos. Y ando en alpargatas, aunque sin calcetines, porque todavía mis pies se resisten a pisar estas piedras cortantes y esta tierra volcánica, aguda y aristada como cristal molido.

La ropa está desgarrada por las garras de los pedruscos y por mi propio descuido y aturdimiento, que se prende de todos los clavos y pestillos sin fijarse. Uno de los cristales de mis quevedos se ha roto; ha-

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

ce dos meses que encargué unas gafas y aun no han venido; y siento un temor inmenso, casi infantil, a quedarme sin lentes en este destierro.

Me parecería que me había perdido para siempre aquí, y que no volvería a encontrar el camino de mi casa. A veces, de día sobre todo, cuando duermo la siesta, me despierto con esta sensación de extravío. La raya de luz de la ventana es de un tinte amarillento como si el Sol estuviese muy enfermo; el cuarto está mucho más oscuro en la oscuridad, que lo invade todo como si se palpara la sombra; y he de abrir las ventanas de un golpe para buscar mis lentes, que vuelven a dar a las cosas sus tonos verdaderos, a la luz su brillo, y a las sombras sus límites.

VIII

Septiembre 26.

El cabo en que está asentado el Faro hunde su punta aguda en la alta marea, y en las bajas saca el morro como un aligador y babea la espuma blanca, mostrando las agudas puntas de sus dientes de roca, pulidos por las olas.

A uno y otro lado, las rompientes, que se prolongan mucho mar adentro, parecen los restos de otros monstruos devorados por este del faro, que es el único superviviente de esa familia antidiluviana. Es tan grande, que el Faro es una protuberancia en su cráneo, y las montañas forman el lomo erizado de puntas.

Las garras las muestra pocas veces. Es preciso que el viento del Sur levante el fango del fondo para que aparezcan; y en una de ellas tiene sujeto, como el resto de un festín, el costillaje de hierro de un vapor.

IX

Septiembre 27.

Esta punta es larga, larga... Hasta las gentes hay dos días de camello. Dos jornadas de esa marcha del camello que cansa, aun más que el cuerpo, el alma.

A un día vive una especie de tribu en cuevas labradas en la roca; y luego otro día para llegar a un pueblo. He medido una hora de aislamiento; medir este día de camino, no podría.

X

Septiembre 30.

...Y sobre todo este cielo azul, sin espacio y sin profundidad. Este cielo donde no veo nunca nubes veleras que lo recorran, marcando distancias en su inmensidad...

...Donde las estrellas se cuajan como clavos de cristal, y la luna viajera—el cuarto de luna en gón-

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

dola veneciana—, permanece inmóvil, hundido como un ánora en el cieno del océano azul.

Aquí no hay sombras. Los charcos desbordan de agua y de sol; el mar tiene un fulgor centelleante; y la tierra negra, negra, un brillo de acero recién templado.

Cuando me baño en estos charcos de oro fundido, el sol me viste de una pedrería deslumbradora; y al alzar los brazos caen de mis manos los joyeros de cien reinas.

KI

Octubre 5.

También el faro tiene su secreto, que mi compañero guarda para él. Estas lámparas de relojería son fáciles de manejar; pero cuando han pasado por diez o doce manos distintas que las van reformando, su propio inventor se quedaría perplejo.

Hay en ellas una cosa complicadísima; algo hierático y cabalístico: que las bombas no funcionen. Esta peripecia es terrible, según mi compañero.

Revuelvo los escasos datos que poseo de estas lámparas, y no hallo el motivo de esos entorpecimientos. Debe ser, tal vez, por lo limitado del tiempo que nos concede el Reglamento: media hora sin luz se considera como falta muy grave.

XII

Octubre 13.

Sí, es terrible una avería de estas. Esta noche me llamó mi compañero de madrugada; la luz "se venía abajo" como dice él; y es así esta sensación de caída de la luz parpadeante, como un enfermo en la agonia.

Cuando quedó a oscuras, parecía que en la linterna se habían condensado todas las sombras que la luz dispersaba en torno de ella.

Hacia una noche sin luna; pero en el mar sereno rielaban las estrellas. Bajo la cúpula la débil claridad del faro de servicio se perdía; era precisamente día de correo, lo que aumentaba nuestra nerviosidad. Y el choque de las olas en los arrecifes de la costa, "se hacía más fuerte por la falta de la luz"; del grito de aviso del faro en la noche.

Fué entonces cuando comprendí que de estas lámparas, como de la vida, solo conocía la teoría aprendida en los libros.

XIII

Octubre 20.

Es angustiante esto de sentirse tan completamente inútil, tan hueco, tan vacío...

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

El derrumbamiento de mis vanidades me dá la sensación de mi vida en ruinas... a los veinte y dos años.

Lo que aprendí y tuve hasta ahora en tanta estima, este caudal de conocimientos brillantes y superficiales, me inspira el sentimiento, profundamente desolador, de haber cambiado por pedazos de talco y lentejuelas los mejores años de mi juventud.

No sé nada, nada, ni lo más elemental; y me encuentro en la misma situación de esas huérfanas de la clase media a las que han enseñado, por toda ciencia, para ganar el pan, labores primorosas de adorno, que nadie paga.

XIV

Octubre 30.

Empiezo a padecer del estómago. Este régimen de leche condensada, café, conservas y galletas, debe ser poco higiénico.

Lo que más me molesta es la falta de pan. Me han enseñado a "guisar" el pescado, como dicen aquí, con agua y sal; cuando es muy fresco, el pescado así, sabe a leche y a marisco...

He comprado unas gallinas que me distraen mucho; quisiera tener una cabra; pero el ordeñarla debe ser cosa difícil, y me irrita esta absoluta inutilidad mía, que me obliga a recibir lecciones incesantes de las cosas más sencillas.

He notado que los pescadores se burlan de mí; soy

JOSE RIAL

como un niño abandonado, y les inspiro una gran lástima; como un ser inferior que no supiera valerse de sus manos y sus piés como los demás hombres.

XV

Noviembre 4.

Y sin embargo... Sé muchas cosas de que estos hombres no tienen ni aun atisbos, y mis lecturas me permiten hablar de otras muy interesantes y útiles.

¿Útiles? He querido explicar a estos pescadores como podrían manejar una red de cuerda, mucho mejor que esas incómodas redes de alambre que han de alzar a brazo...

Y me han demostrado, prácticamente, que para lo que ellos la necesitan la red de cuerda no sirve; que ha pasado ya su uso como cosa anticuada.

¡Era yo, no ellos, el que aún estaba en la Edad Antigua!

XVI

Noviembre 25.

Por gastar las horas marisco en los charcos que deja la marea, lapas y burgados; no los como porque me han hecho daño; se los regalo al compañero a

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

cambio de su pan tierno, que pagaría con gusto muy caro, si él lo admitiera.

Es curiosa esta especial psicología.

El vé con cuanta gratitud recibo este pan que me regala cuando amasa, y que constituye para mí una necesidad; admite mis regalos, que representan para él verdaderas golosinas: el taboco bueno, las conservas, el vino... pero no consentiría nunca que se lo pagara en dinero.

Es como estos pescadores que nos regalan el pescado que hemos de agradecer como tal regalo, y pagarlo con otros, cuyo valor supera aquí muchísimo al de aquel. Cambios de finezas que son, en realidad, astucias de salvajes.

XVII

Noviembre 26.

De salvajes... Es preciso que me refugie en esta conclusión consoladora. Si sigo despreciando todo cuanto constituía mi orgullo, acabaré por despreciarme.

Y yo tengo un valor... Yo represento para mi madre un tesoro de ternuras, y para mi novia ese nido para los dos conque ella sueña, y que he de formarle con estos años de forzado destierro.

¡Y ellas son lo que más vale para mí en el mundo! Hay que ser aplicado y asimilarme estas lecciones de aislamiento. Tengo muchos años muy hermosos por delante.

Y para mis amigos tengo un valor más espiritual, porque no los mueve ningún vínculo, ninguna pasión. Las cartas de mis amigos me hacen mucho bien, porque me demuestran que hay algo en la vida superior a la vida misma. Que el ganarse el pan es una labor natural y mecánica, y que existen otras cosas, más bellas, que constituyen la verdadera vida de muchos hombres como aun lo son ellos, y como lo era yo.

XVIII

Noviembre 27.

Yo supe que existía una carrera de Faros dos meses antes de examinarme. Había salido aprobado sin plaza en Aduanas, y me encontraba en esa tremenda situación espectante en que se abren ante nosotros muchos caminos, sin saber aun cual será el nuestro.

Esta preparación enciclopédica de la clase media es absurda, porque inicia en todos los conocimientos y no especializa en ninguno.

Correos, Telégrafos, Aduanas... Nada de eso puede inspirar una vocación. Es el pan seguro lo que fuerza a una juventud a seguir esas carreras. Carreras... y por el pan.

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

XI

Noviembre 29.

Las cartas de mi madre me hablan de resignación, y las de mi novia de esperanzas. Mi madre ha comprendido, y no me será posible volverla a engañar.

Mi novia cuenta los días y las horas que me faltan para salir de aquí. Para ella es una espera un poco más larga que las otras, cuando iba a Madrid a hacer oposiciones... ¡Que diferencia!

Llevo seis meses y aun me faltan dos años y medio de Faro aislado. ¿Los cumpliré?...

XX

Noviembre 30.

Se dice pronto esto de "Faro aislado". Para mí lo terrible de esta palabra era la soledad, el aislamiento, la sensación del vacío en torno.

Fero lo agotador no es el aislamiento sino las ocupaciones irremediables. Si yo tuviera aquí la comida a punto, la ropa lavada y la cama hecha, pasaría los días leyendo o escribiendo, o haciendo marquetaría, sin acordarme de mi soledad.

Lo que me impide olvidarla son estas ocupaciones que me acucian; esto de saber que nadie sino yo mis-

mo ha de cuidar de mí; que no tengo en esta tierra quien se preocupe por mi vida ni por mis necesidades. Que estoy absolutamente solo frente a estas cosas inmutables que me rodean, y para las que represento tan poco como este "agua viva" encallada en el médano, que acabo de aplastar sin darme cuenta.

XXI

Diciembre 2.

En los charcos que forma la alta marea el agua se vá cristalizando, densa y quieta, al abrigo del aire. Lentamente se forma un reborde blanco y duro. Y el Sol sorbe todos los días un poco del agua de estas copas.

Las pescadoras raspan la sal con un cuchillo y la van amontonando aquí y allá; y la costa negra y bravía se vestía este verano con esos cándidos copos.

Otra industria de las pescadoras es el marisco. Por las rocas a flor de agua avanzan las mujeres descalzas de pie y pierna, con un leve balanceo, como si se deslizaran patinando sobre los lisos lomos de piedra cubiertos de un verdín escurridizo. Se agachan un instante a un lado, a otro, con un ágil movimiento, y van haciendo saltar las lapas, que yo procuro en vano distinguir en la superficie de la piedra enverdecida por el orín de las hierbas marinas.

XXII

Diciembre 5.

La osamenta de este saurio monstruoso, que desde el mar parece tan unida, ofrece, recorrida paso a paso, un complicado sistema físico.

Las aguas han socavado los duros basaltos, formando deliciosos rincones para los hombres de Liliput.

Es lástima que no estén estas cosas tan bellas hechas a la medida nuestra, para que fueran hermosas. No sabemos apreciar la singular grandiosidad de lo diminuto: es preciso que el paisaje guarde la proporción con nuestros medios, y como nos sentimos anonadados ante lo sublime, nos comprendemos "demasiados grandes" para estas menudas bellezas.

¡Cuántas emociones perdidas por esta falta de proporciones, por esta exigencia de ajuste!

Hay cerca de la punta del cabo un rincón, donde paso las horas empapándome de esta belleza sutil de lo diminuto.

Es un trozo de basalto negro y bronco por fuera, y alisado por dentro por el batir del mar y del viento, que han formado la concha socavando la roca. Y esta concha es el dosel de un estanque tapizado de hierbas marinas, que sirve de estuche a las dalias moradas de los erizos, a los cabuchones de unas ventosas color de sangre, a los burgados de nácar azul y a los cangrejos bronceados.

El agua temblorosa pone su luz, como un cristal,

sobre esa fauna y esa flora de acuario, y una bestia feroz vive en ese lago encantado: un pulpo pequeño—casi de juguete—, que en él parece monstruoso; una hidra gelatinosa que esparce el espanto con sus “rejos” formidables.

El charco tiembla estremecido en presencia de las serpientes de sus tentáculos; y cuando en el centro del lago en sombra tiende los “rejos” fosforescentes, abarcando los bordes con su lívida flor de lis, parece una estrella moribunda.

XXIII

Diciembre 13.

Hoy, a la llegada del barco de servicio, he sabido que mi compañero ha sido trasladado. No tenía ni aun atisbos de que hubiese pedido este traslado, que cae sobre mí como una catástrofe.

No han mandado suplente porque están en otros faros prestando sus servicios, que en esta Jefatura son muy frecuentes por el aislamiento de estos islotes y costas desoladas. Y es ahora, en este instante supremo, cuando comprendo, ya pasado el momento, lo que significaba para mí la presencia de este hombre callado y huraño, pero en cuya experiencia descansaba mi ignorancia como en un puerto seguro.

Yo debí hacerle presente esta ignorancia mía a mi compañero, que es más absoluta de lo que él piensa, por mi facilidad de comprensión y de adaptación, que no le han hecho medirla. Yo practiqué en un

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

faro de lámpara distinta, y estas anticuadas apenas si las estudiamos, preocupados con las nuevas. Y ya he dicho que, después de pasar por tantas manos, cada una de estas lámparas tiene su secreto, su intringulis desconocido, contra el que se estrellan mis conocimientos.

Todo eso pude y debí exponérselo a mi compañero, antes de que partiera y no lo hice. Y no lo hice no porque me faltaran palabras, ni la intención de hacerlo, sino por un sentimiento de esta dignidad mía, íntima, de este pudor profesional que me impide confesar esta falta de habilidad mía, esta inutilidad para las cosas prácticas y sencillas de la vida vulgar que ha originado tantos comentarios burlescos, que no oigo, pero que adivino.

Y este sentimiento de mi dignidad ha sido más fuerte que todos mis temores, que ahora aquí y a solas confieso que me hacen temblar. He hecho que los marineros me suban al torreón las lámparas disponibles para poderlas cambiar en caso de avería, y he remitido a la Jefatura un oficio ordinario de entrega con el inventario. Haré cuanto pueda para que esta luz no se apague, y la mantendré encendida sea como sea.

XXIV

Diciembre 16.

Me paso las noches haciendo funcionar las lámparas de repuesto, y por las mañanas caigo desplomado

en la cama con un sueño pesado, cortado bruscamente por tremendas pesadillas.

Me alimento con galletas, café y algún fiambre, que guiso en la misma lata, para no tener que fregar.

Y mientras vigilo el faro, escribo largas cartas a mis amigos, en las que dejo desbordarse mi corazón.

XXV

Diciembre 20.

El sentimiento de esta soledad domina mi pensamiento. Es una idea fija que se ha clavado en él y no puedo arrancármela. No es temor por mí—¿qué me puede pasar?...—Lo que me abruma es esta inmensa responsabilidad.

Un día sí y otro nó pasa el correo, vertiendo el oro de sus portas sobre el mar y costeando muy cerca. Y al divisar el faro cambia de rumbo, huyendo de las rompientes. Y yo sé, porque he venido en él, que los capitanes se abandonan un poco en la confianza de sus timoneles, que conocen la costa palmo a palmo...

La brisa me trae los rumores de esta vida. El ruido de la vajilla en los comedores; algunos acordes sueltos del piano de a bordo; el chirrido, de hierro contra hierro, del timón, al girar... O, como esta noche: unas claras risas de mujer rompiendo, con un trémolo de notas limpias y vibrantes, el hondo silencio...

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

Es ahora cuando comprendo, como nunca, la conciencia de esta misión mía: la pesadumbre del deber y el goce íntimo de cumplirlo.

La vida de esos hombres y de esas mujeres que cruzan ante estas rompientes, descansa en la seguridad de que el Faro, esto es yo, está ahí, y vela por ellos con su ojo de cíclope encendido, que horada las tinieblas.

Jamás me he sentido más unido a los demás hombres. Hay entre la aldea más cercana y esta punta 20 leguas de playas arenosas. Los que me aman están a muchos cientos de millas de mar... Pero en todos esos buques que pasan al alcance del faro, centenares de seres piensan en mí cuando los acarician al paso sus pinceladas luminosas; y las charlas, las risas, los idílicos, se interrumpen para dedicarme un pensamiento.

No soy yo, son las aspas que voltean lentamente, con ese aire ceremonioso de estos aparatos viejos que parecen cansados de dar vueltas y vueltas; pero ese molino que muele este pan tan amargo del aislamiento, llena una misión sagrada que sin mí, sin mis noches de vigilancia, no sería.

XXVI

Diciembre 22.

Me despierto al atardecer; duermo con las ventanas abiertas—¿quién podría venir?—, y el descenso de la luz me desvela. Siento, sin embargo, la cons-

JOSE RIAL

tante inquietud de que llegue la hora de encender y no me haya despertado, y he imaginado veinte medios, todos inútiles, para prever esta contingencia.

Me pone esta posibilidad tan nervioso, que todas las tardes sueño que ha sonado el despertador, que ha sonado y he seguido durmiendo; y me levanto sobresaltado con el "ríinn" del timbre en los oídos.

El correo pasa a las ocho, y en invierno anochece muy temprano; pero el temor me mantiene en una zozobra constante.

Las noches son muy largas; se enciende a las cinco y se apaga a las seis, y aun más tarde; trece horas de guardia, que se hacen interminables.

La máquina muele la luz, que se desmenuza en fino polvo... La torre es muy alta; y en las noches de tormenta las aspas luminosas pasan sobre las olas, amansándolas.

XXVII

Diciembre 24.

Nochebuena, ¡Dios mío!

XXVIII

Diciembre 27.

Cuando pienso en la ciudad, en los amigos y en las

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

muchachas, todo eso pesa y oprime el pecho. No hay nada que pese tanto como un recuerdo. Uno lo aparta arrojándolo todo lo lejos que puede. Ya se ha ido... Mira y está otra vez sobre los hombros, haciéndolos hundirse con la carga de esas melancolías...

No se debe pensar eso aquí. Es peligroso. Se siente uno muy desgraciado, y vienen a revolotear en torno ideas sombrías, vestidas de desesperación.

¡Qué noche!... No recuerdo ninguna otra tan larga; ni aquella en que murió mi padre; ni aquella, porque tenía un dolor...

Las horas de esta noche estaban huecas, como ánforas vacías, de cristal, que sentía caer y romperse en el reloj; los minutos se alargaban en péndulos, como admiraciones.

¿Cómo he podido resistir sin dormirme? ¿Cómo he podido contar todas esas horas vigilando esta luz, que no debe apagarse mientras no llegue esa que parece que no va a llegar nunca?

XXIX.

Enero 3.

Sufro más mi soledad de día que de noche. La sombra abriga.

Abriga. Es como un gran manto esta sombra que rodea la casa y la hace recogida. Es algo primitivo este sentimiento de la casa bien cerrada—sobre todo cuando hay viento y rompe el mar en las romplentes—, y de la lámpara encima de la mesa.

La casa es reducida y está hecha a la medida de mis necesidades, como las de todos los faros viejos, lo que la hace más confortable.

Hasta los desconchados de la pared y la falta de pintura de las puertas me son gratos, en su incorrección de cosas torpes y mal hechas, como todo lo que yo hago.

XXX

Enero 4.

Ha llegado el barco de servicio, y con él una mala noticia. Los suplentes siguen en los faros y no pueden venir a sustituir a mi compañero.

El patrón, que es un buen hombre, me ha ofrecido uno de sus marineros para que me acompañe, pero desgraciadamente ha hecho el ofrecimiento ante toda la marinería, que ha reído mis apuros y mis torpezas; y aquel sentimiento de dignidad de que ya hablé, me ha hecho rechazar esa compañía, lo que les ha causado una gran sorpresa y casi admiración.

Llevarán a los demás faros esas admiraciones. El barco de servicio enlaza a estos faros entre sí y con el mundo, llevando y trayendo, con las cartas y los viveres, los chismes del vivir de los torreros, como una comadre atareada y charlatana.

Los faros forman de esta suerte una casa de vecindad, por cuyo patio azul va y viene esta hacendosa mandadera, estableciendo entre los vecinos del case-

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

rón la solidaridad de sus desgracias y de sus buenas fortunas.

De cerca podremos tener rozamientos, porque la vida en forzosa comunidad agría el humor; pero de lejos todos los terreros nos estimamos, y existe una especie de parentesco espiritual entre la gran familia que formamos.

Cayó por una de estas playas, hace muchos años, cuando estos puertos eran unos destinos, concedidos por favor, una familia numerosa y pintoresca, que, hasta a estos mismos pescadores, les inspiraba compasión.

La tribu se aumentaba cada año con un nuevo hijo, y la Muerte, piadosa, se encargaba de mantener el nivel, llevándose otro al poco tiempo. La mujer los lanzaba al mundo con la regularidad de un mecanismo, automatizada ya en ella la función sagrada de la maternidad. E iban todos vestidos con largos delantales bastos de telas groseras, mal cosidos y despeluzados.

El padre rememoraba, según me han contado, uno de aquellos hidalgos buscones de las novelas picarescas, en combate desesperado con el destino.

Alto, casi espiritado, con los largos mostachos melancólicos, los ojos del alcohólico bajo el matorral de las cejas espesas, y los dientes huidos en fuga vergonzosa... La mujer gorda, con la fofa gordura de la ociosidad, negra, toda pelos y uñas... Los hijos, ¿a qué seguir?... Son tipos ya olvidados, pero me espantaba la descripción, tan gráfica, tan viva, de la atroz degeneración de una familia.

Eran gentes muy modestas, hijos de obreros o criados de servir, o algo así, y andaluces de cierta clase, con esa característica idiosincracia de la raza,

imprevisora y derrochadora, que no cuida del mañana, pero indudablemente mejor preparados para esta vida aislada que yo, estudiante de la clase media, hecho a la existencia modesta, pero confortable, de un hogar.

Y no puedo apartar de mí el espanto de esta caída, de este derrumbamiento en la vida salvaje, casi animal, de esas pobres gentes desconocidas.

Mi novia, ¡mi Marta!, tan fina, tan espiritual, ¡tan sensible a lo bello!... Hace muchos años de esto, y nosotros, los Torreros de Faros, somos hombres muy distintos; pero yo siento, yo presiento, mejor dicho, lo inevitable de este retroceso en contacto con la Naturaleza. Ella manda, y es mucho más fuerte, en este aislamiento, que todos los hábitos que la Sociedad nos haya impuesto.

XXXI

Enero 10.

En sus cartas recientes se quejan mis amigos de la falta de estilo de las que les mandé el viaje último. Escritas en el momento de la partida del barco de servicio, que por el embarque de mi compañero me dejó tiempo sobrado para contestar las suyas; reflejaban mi inquietud y no me fué posible poner en ellas lo que llamo "la literatura del aislamiento"... Imaginaba ya que la iba a vivir demasiado intensamente, y no es fácil ser actor y espectador al mismo tiempo.

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

XXXII

Enero 26.

He contestado todas las cartas que recibí en el barco, y he puesto en las mías un humorismo, de cuya existencia en mi carácter no me había dado cuenta. Soy por naturaleza, y hasta por educación y costumbres, todo lo más opuesto que pueda haber a un humorista. Veo la vida muy en serio, y las pequeñas cosas toman en mi concepto una importancia exagerada, sobre todo si en ellas hay algo que pueda rozar mi sensibilidad, muy delicada.

Siempre he sorprendido una crueldad fría y meditada en el hombre que le busca a las tragedias del vivir el lado cómico. Soy alegre, ingenuo, tal que un niño, y esta alegría sana que se expande en la risa sonora y un poco incongruente, como de quien derrocha en futilidades el tesoro que debería reservarse para ciertas ocasiones, no ha causado un mal deliberadamente a nadie.

Me he reído de los accidentes callejeros—el paraguas que se vuelve o la caída de latiguillo son de una comicidad irresistible—, pero en ellos no puede imaginarse ningún drama íntimo.

Mi humorismo tomá como tema mi propio caso. He hecho una especie de ensayo que se titula "El hombre semicivilizado ante la Naturaleza en libertad", y no está mal. Mi papel de domador de esta fiera indómita, desdichadísimo, con detalles naturalistas que mis amigos creerán caricaturescos, es

una cosa estimable. Yo mismo me he sorprendido de esta vena cómica que existía en mí y que no había conocido hasta este momento, tan poco propicio a un descubrimiento de ese género.

Y me figuro que este brote de humorismo netamente español, obedece a mi impotencia ante la conjunción de coincidencias que me obligan a seguir aquí, solo en este extremo del mundo; a una especie de rebeldía contra la fatalidad, que podría resumirse en aquel viejo refrán: "Cuando el español canta"...

XXXIII

Enero 27.

Las horas más penosas son las de la madrugada. Los efectos del café, que en los primeros días eran tan vivos, se han ido amortiguando con el uso—debería decir con el abuso—y ya no los noto.

El sueño me cae sobre los hombros como una piel sedosa, y no siento el frío de las paredes de la torre, labradas en piedra sin enlucir, que destilan agua y sal. El rumor de los "tejos" del aparato de rotación al girar sobre la plataforma, se hace suave y dulce, y el mar llena las pausas con sus bramidos, que resucan en la espiral de la torre como en un caracol inmenso.

¡Dormir, dormir!... Todas las canciones de la Infancia me acunan el sueño...

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

No es posible dormir. Puede apagarse el faro; puede pararse, lo que ocurre con frecuencia en estas viejas máquinas, que sería aun peor.

Peor. El faro apagado en esta ruta tan frecuentada, haría a los marinos esperar, reconocer la costa. El faro parado, con su luz blanca e inmóvil, es un engaño.

Puede ser un barco anclado; luego el mar está ahí. Y lo que está allí, al pie de la luz fija, son los bajos y las rompientes, erizados de picos, de filos y de garras.

XXXIV

Enero 31.

¡Que solo me siento, Dios mío!... ¡qué solo! Hoy no he podido dormir de día. Caía de lo alto un sol implacable; ese sol de invierno que en estos climas recorta las sombras de las cosas con sus tijeras de oro, borrando las penumbras.

El mar era azul profundo, como si se hubiese volcado en él la copa del cielo; y el mundo una enorme turquesa con el botón radiante del astro del día. Un timbre donde resonaban las ideas con una música estruendosa de clarines de plata y campanas de cristal.

Y en el centro de este mundo demasiado grande, yo aturdido, cegado por estas bárbaras riquezas: las playas de arena dorada; los charcos desbordantes

de pedrerías; el cabrilleo de las olas consteladas de plata; las montañas de un raro metal rojizo...

El brillo de este día irresistible me hería los ojos y hundía en el cerebro sus puñales agudos de luz. Algo se derretía lentamente en él, cayendo en densas gotas... Lo sentía ligero, hueco, como si lo hubiesen vaciado de la pesadumbre de mis pensamientos y unas uñas suaves me raspaban cuidadosamente del cráneo las ideas que lo tapizaban como telas de arañas: el deber, la familia, el pan, la responsabilidad...

Me he dejado dominar—¡solo unos instantes!— por el sueño, y el faro se ha parado.

Se ha parado muy poco tiempo; las vueltas de la cuerda en el tambor me lo dicen. Esta máquina del faro es un reloj, y cada vuelta representa veinte minutos. He hecho el cálculo minuciosamente, una, dos, diez veces temblando y la parada apenas habrá durado cinco minutos, diez...

Esta máquina es traidora. Es la primera vez, en los ocho meses que llevo aquí, que me he quedado adormecido; nada: el tiempo de dar unas cabezadas y dejarme mecer por esa canción de mi madre que me trae el viento desde allá... y ha aprovechado esos instantes para dejar caer las pendolillas del regulador.

Y es que la máquina es vieja y tiene necesidad de descanso. Trabaja toda la noche, ¡la pobre!, y se queja con un largo quejido cuando le falta el aceite.

Ella también ha querido descansar un poco, como yo.

XXXV

Febrero 11.

Carnaval. Acabo de leer "La resurrección de los Dioses" de Demetrio Merejkowsky y he pasado los primeros capítulos de "El Infierno" de Henry Barbusse.

Es una noche áspera de frío, como si la curva hoz de hielo de la Luna aguzara en su filo el viento. Y este frío sería aun más agudo si la bruma no lo rodeara con sus grandes masas de vapor denso y pesado.

Es una "bruma a rachas". Los copos blancos avanzan por grupos, por pelotones. Y a la luz del faro se deshilachan y separan en largos filamentos que se agitan en torno, como si se devanaran al girar de los destellos.

Las aspas luminosas, como el voltear de un huso incansable, van aclarando los pesados ovillos de la bruma algodonosa deshaciéndolos. Y a lo lejos, hasta donde alcanza la vista y las aspas voltean como espadas, se va formando un ancho círculo que gira con el Faro y en torno a él, y que cruzan de minuto en minuto locas y tumultuosas cabalgatas fantásticas, rondas sombrías, muchedumbres monstruosas, sombras y espectros que recorta la luz en los harapos de la niebla.

Es noche de Santa Walpurgis en este Brocken diminuto. El vacío enorme del cielo azul oscuro, casi

negro, se ha poblado con esta inquieta muchedumbre informe y multiforme. El faro ingente, como un cíclope, preside esta asamblea tumultuosa. Y la luna en creciente corona el turbante blanco de la cúpula con sus cuernos de plata.

En el aire se extiende un gran rumor de voces contenidas. Todas las sombras parecen unirse en un solo murmullo. Y las nubes que pasan galopantes y frenéticas ante la luz, rozándola al paso con sus alas membranosas, zumban como enormes abejorros al rozar el bordón del cable metálico del pararrayos.

El inmenso círculo se anima, y pulula en él la multitud larvada con una actividad de gusanera. Se suceden cosas extraordinarias en esa ancha zona bulliciosa. Todo es posible, porque todo está mezclado. La luz misma solo sirve para mostrar el caos. En la sombra todo se borra y desaparece confundido. La imaginación se pierde allí.

Es la hora augusta en que los seres y las cosas se muestran desnudos con sus formas reales, tal como el deseo las plasma y el pensamiento las concibe. Todo es permitido en esta noche: nada es monstruoso, injusto, malvado ni feo. Las penas no existen. Los humanos han roto las infinitas cadenas que ha forjado la sociedad. Y los que vuelan en la noche no son hombres ni mujeres, cabalgando sobre artesas, hirsutos, machos cabríos y mangos de escobas. Son los deseos y las pasiones de cada uno que se han despojado de sus envolturas carnales, para ofrecerse libremente a los deseos y pasiones de los demás.

Nada puede ser viejo, horrible o feo, porque cada cosa es como se quiere que sea, y lo que se quiere es siempre hermoso. Las almas se reconocen alborozadas y se saludan al paso en esta "Noche del sábado".

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

—“¡Salud hermanos! ¿Hacia donde voláis, hacia el bien o hacia el mal?”

—“Yo, hacia donde la vida se desvanece como un sueño”.

—“Yo, hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte”.

—“¿Y tú, Imperia, que buscas”.

—“Yo me busco a mí misma”...

Saturados de mentira sentimos el angustioso afán de asistir al aquelarre, de ofrecernos desnudos, en la plena y rotunda afirmación de nuestra personalidad, ante los ojos de los demás hombres y mujeres que comprendemos hermanos nuestros, en esta ansia de nobles sinceridades.

Henry Barbusse explica este ansia infinita en unas líneas breves:

—“Mi mal estriba en acariciar un sueño más vasto y fuerte de lo que puedo soportar”.

Esto dice el hombre que ha visto a través de un agujero en el tabique del cuarto de una fonda, a la Humanidad, desnuda y libre de todos sus prejuicios y mentiras convencionales.

Yo me siento capaz de verlo todo... Pero asistir así, escondido, a esta revelación de las criaturas; a sus bodas y sus amores con la soledad, la proteica y admirable amante de todos los solitarios, tiene algo de espionaje que me repugna. El está en posesión de todos los secretos de los demás y guarda el suyo. El los ha visto despojarse de todos sus velos materiales y espirituales, hasta los más íntimos y sigue con su levita de empleado y su corbata,—¡tal vez sus guantes!—, contemplando por un agujero esa nueva Humanidad que se le ofrece pura y magnífica!

XXXVI

Febrero 18.

En el cielo azul la piñata de la luna derrocha estrellas, que se apagan chisporroteando en el mar. El terciopelo pesado del agua está bordado de plata al realce, y las montañas se destacan en lo oscuro con relieves fosforescentes. Hay un danzar de chispas en el suelo, y una zarabanda de llamas en los charcos. Los duendes bailan con las sirenas. Y en el correo, que acaba de pasar, brotaban los surtidores de las risas de las bocas abiertas de las portas.

La fiesta veneciana de esta noche me compensa de las otras fiestas lejanas de la ciudad... ¡Que bonita estaba Marta esta misma noche el año pasado!... ¡Y que animado el baile! Recuerdo que, en las últimas horas, agotados por la semana entera de incesante danzar, se movían los pies mecánicamente al compás de la música y nos sosteníamos el uno al otro para no caer, borrachos de armonía...

Cerrando los ojos, podría volver a rehacer la escena. Yo no sé como estaba el salón, ni recuerdo haberlo visto más que en el espejo azul de las pupilas de Marta, pero creo que nunca ha estado el Casino más hermoso, que a la claridad azul de aquellos instantes.

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

XXXVII

Febrero 20.

Todos los días me levanto pensando que he de limpiar y barrer el piso, y al llegar la noche me reprocho no haberlo hecho.

La tierra, que penetra por no se sabe que grietas invisibles, se va amontonando en el departamento de mi compañero. Desde que se fué no lo he abierto, y se escapa de él un hálito frío de humedad; pero me dá un temor que no puedo reprimir el pensar en hacer aún más grande esta casa, abriendo esas puertas.

Cuando llega la noche cierro las mías y corro todos los cerrojos antes de subir a la torre, donde me fortifico. Comprendo, cuando lo razono como ahora, lo ridículo de estos temores; pero son más fuertes que yo. Si no echara los cerrojos una noche, por descuido, como me ha pasado ya, la siguiente recorrería todas las puertas y ventanas tres o cuatro veces, con el temor de otro olvido, y me llevaría toda la noche cavilando si dejé alguna puerta abierta. Y a estas cavilaciones les tengo aun más miedo que a esos enemigos contra los que me parapeto y me prevengo.

Un sentimiento extraño me hizo hace algún tiempo cargar mi revólver y tenerlo siempre a mano. Fué este verano, cuando llegó un grupo de pescadores tan míseros que inspiraban horror y compasión. Desde entonces me acostumbé a usarlo, y ya no puedo prescindir de él. Me inspira la confianza de su fuerza, siempre dispuesta a emplearse.

XXXVIII

Febrero 23.

Esta noche he sentido, clara y distintamente, un murmullo de voces humanas al pié de la torre.

Se guarecían por el lado del mar, para confundirse con la marea en creciente, pero yo los oía...

No sé por qué esos pescadores no han venido, como otras veces, a llamarme, como lo hacían en tiempos de mi compañero, cuando iban a "cangrejear" y tenían que esperar el momento favorable.

He estado a punto de bajar de la torre, pero la escalera es muy larga y muy molesta. Además, ¿por qué no han llamado? Son muy ceremoniosas estas gentes. Sin duda mañana me dirán que como yo no abrí...

XXXIX

Febrero 24.

No quisiera pensar en ello, pero es extraño que no haya rastro de embarcación por estas playas. De que los oí claramente, no tengo duda. Y he recorrido la costa hasta el puertecito donde encallan las lanchas en verano, sin encontrar sus huellas.

XL

Febrero 25.

No son tonterías. Los torreros solteros tenemos fama de ricos. Ser rico aquí es guardar un centenar de duros; y hay veces, como ahora, en que he recibido juntas varias pagas y gratificaciones, que traspasan de esa cifra mis ahorros.

Con las prisas del barco no los mandé al Monte de Piedad, donde voy acumulándolos, después de mis gastos a mi madre y de mis gastos, y tengo unas seiscientas pesetas, en plata, como todo el dinero que nos traen aquí, donde los billetes apenas circulan, y que he de subir todas las noches a la torre.

Este dinero me tiene en una constante inquietud. Quisiera enterrarlo, esconderlo, hacerlo desaparecer para que ni yo mismo supiera donde lo había guardado. Un crimen en estas tierras ofrece siempre un carácter salvaje. Me han contado alguno, y estremece el refinamiento de su crueldad.

XLI

Febrero 26.

Ha llegado el barco, que esta vez se ha atrasado

mucho. He pasado los días recorriendo el horizonte y barriéndolo con el catalejo del faro, y cuando menos lo esperaba—como ocurre siempre—me lo he encontrado ante los ojos balanceándose suavemente a un cable escaso de la costa, que la lancha recorría ya al compás de los brazos de la gente, con espaciados golpes de remos.

He experimentado—también como siempre—ese leve aturdimiento, que es como una ligera borrachera, de la emoción. Este barco va y viene por los faros cargado de las ilusiones que ponemos en él, y que le abarrotan las bodegas. ¡Si todo lo que esperamos llegara!...

¡Yo he soñado tantas veces que mi madre, mis amigos, ¡mi novia!, llegaban en él!... Es siempre el bienvenido aunque, como ahora, solo traiga desengaños.

XLII

Marzo 1.º

Una observación del patrón en el último viaje se me ha quedado clavada como una púa en la frente, y me va labrando, labrando...

No han venido cartas de mi madre, después de un mes, ¡es tan raro!...ni de mi novia...—y las de mis amigos tienen las fechas muy atrasadas. Y el patrón me ha dicho que ando mal de la memoria, porque, efectivamente, se me olvidó entregarle la lista de los

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

cómestibles: algo tan usual que mi olvido es verdaderamente incomprensible.

Ya he dicho que el barco ha tardado mucho más que de costumbre. Como soy tan distraído, dudaba de la tardanza, y el libro de servicio me ha convencido. Cerca de un mes... Esto no le había pasado nunca. El barco debe venir cada quince días a este faro; pero a veces tarda veinte y aun más; treinta, como ahora, jamás.

Sé que algo se me ha olvidado y no sé lo que es. ¡Esta falta de memoria!... ¡Estos olvidos inexplicables!...

XLIII

Marzo 3.

Labra la idea, labra. Como un insecto la siento trabajar en mi cerebro. Ya estoy pendiente de ella. No quiero que se me olvide nada, nada. Y he de recordar cien veces cada día, que se me va a olvidar algo.

XLIV

Marzo 4.

Hoy se me olvidó darle cuerda al reloj. Y se me ha parado. Tienen cuerda estos relojes para ocho días,

y yo; por mantener la fecha más fácilmente, señalé los domingos. Ayer lo fué, y se me pasó, y esta mañana, al apagar, me lo encontré mudo.

XLV

Marzo 5.

Pendiente de las pequeñas cosas, las grandes se me van. Esta noche olvidé llenar la lámpara; y menos mal que lo advertí a tiempo, por el parpadeo de la llama, y tuve que bajar y subir la escalera de la torre precipitadamente, para evitar que se apagara.

Mi vida está ya para siempre colgada de esta escarpia de la inquietud de mis distracciones. Se me olvida poner sal en la comida y azúcar en el café, y las cerillas al subir a la torre para encender; he puesto, en vez de garbanzos, granos de café en el puchero; mi mente está llena de recuerdos y mi imaginación tensa como una cuerda vibrante a esos toques incessantes. ¿Cómo explicarse que una existencia tan sencilla como esta mía se me haya complicado de pronto de este modo?...

XLVI

Marzo 6.

Entre mis inquietudes y temores mis noches se

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

pueblan de fantasmas. Antes, en una época que me parece cada día más lejana, las horas de guardia se me antojaban pesadas o vacías, y había de pensar con qué llenarlas y hacerlas más cortas.

Leía, escribía, cantaba—de esto hace ya mucho tiempo—o me dejaba mecer por el rumor del mar y de la máquina hasta quedarme un poco embelesado, en una seminconsciencia, que si nó era la entrega absoluta del sueño, me hacía soñar como si estuviese dormido sin descuidar mis deberes.

Ahora, aunque lo quisiera, no podría. Escribo muy de tarde en tarde, y siempre sobre mí para evitar, de entregarme demasiado a la tarea, el caer en uno de esos descuidos imperdonables que me asustan tanto.

Ayer por la tarde dí cuerda a la máquina de rotación, encendí el faro, y dejé de engranar la rueda corona que hace girar el aparato.

Cuando lo ví parado, sin poder averiguar la causa, en mi repentino aturdimiento, ¡creí volverme loco!

XLVII

Marzo 7.

Me ha dominado todo el día una sorda irritación contra el patrón del barco de servicio. No existe motivo para este enfado, porque aun no hace sino nueve días que marchó, pero no sé que complicados cálculos formé, que llegué a creer formalmente que debía estar ya aquí.

La verdadera causa está en mí, y es inútil que quiera buscar pretextos. ¡No puedo más!... Me horroriza esta soledad, este silencio poblado de malos pensamientos, esta enorme responsabilidad...

El rodar de los tejos del aparato parece moler suavemente mis ideas, mis recuerdos, mis deseos... y esparcirlos en la sombra del mar, allá abajo, donde se pierden.

El mundo está concentrado en esta cámara de servicio, abovedada como la cámara de tormento de un castillo feudal; todo lo de fuera me es hostil; y en esos barcos por los que me tomo tantos trabajos, no se preocupan de mis sufrimientos.

He descubierto el secreto de las cosas, y lo que ronda al pie de mis muros son los hombres que me tienen sitiado para que no me escape; para que acabe aquí, lejos de los seres que amo tanto.

XLVIII

Miércoles.

He ido subiendo aquí arriba todas mis cosas y solo bajo por el petróleo para el faro. He pensado que sería más conveniente tenerlo encendido siempre, para no tener que apagarlo. Asesinar esta llama que debe estar encendida, es como un crimen.

La que funciona demasiado es la máquina, y ese ruido incesante me trastorna. La pararía, pero no se puede. No recuerdo qué lo impide, pero hay algo que

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

no me lo permite. Si estuviera de servicio el torrero encargado, se lo pediría, ¡pero como estoy solo!

XLIX

Marzo 9.

En una lata con sebo que está al pie de la torre, ha caído un ratón. Debe llevar lo menos dos días y voy a darle libertad. El es también un prisionero como yo. Hay en la lata solamente un poco de sebo viejo y rancio, que es el que lo ha hecho caer en la trampa. ¡Por tan poco!... ¡Arriesgar la libertad y la vida!... ¿Y acaso, yo?...

L

Marzo 10.

La cabeza me duele como si la tuviese vacía, y esta sensación de vacío no se calma con ninguna medicina. He echado unos esputos sangrientos que no sé a que atribuir. Estoy hueco. Y experimento esta impresión de vaguedad de dentro afuera, como si flotara en un medio muy denso. Debo estar enfermo...

LI

Sábado.

Y he de vigilar el faro... Acabo de encender; he dado cuerda a la máquina y el aparato gira; rozando los tejos sobre esa plataforma, donde van moliendo la harina de mis pensamientos. El chirrido del metal con el hierro, crispa...

La noche es negra, sombría; en las rompientes babea el monstruo; y alrededor del balconcillo vuelan, alocadas, las "pardelas".

Me he pasado unas horas, no sé cuantas, girando lentamente en torno a la linterna, compulsando si se me ha clivado alguna cortina. Sería horrible esa zona de sombra en el mar.

Creo que nó; estoy seguro. ¿Seguro? ¿De qué estoy seguro, si no sé ciertamente que hice hace un instante?...

LII

Domingo.

Continúa la tormenta. Me habían hablado de estos temporales de invierno que se prolongan varios días, mientras no rompe la lluvia.

El viento del Sur trae ráfagas densas de horno de día, y de noche silba con violencia en el caracol de la torre.

Esta cabeza mía, tan débil, tan vacilante, recibe los ruidos del viento y del mar, que resuenan en ella como en una campana de bronce. En las sienas me martillean los golpes de las olas sobre la costa, y en el cerebro se hunde y penetra, como un gusano royendo una corteza, la barrena aguda del viento. Y el molino del aparato, dando sin cesar vueltas y vueltas, vierte en el mar la molienda, en ese polvo blanco que cae sobre el bajo.

La mañana es como un baño de luz. Debería amanecer cada hora. El Sol, que dentro de dos horas caldeará la cúpula de cobre y me obligará a refugiarme en la cámara de servicio, tiene ahora una luz naciente, como si acabara de encenderse el fuego de la hoguera que incendiará las tierras al mediodía.

Siento ansias de bañarme en esta luz, y me desnudo en el balconcillo recibiendo en la piel la caricia del aire de la madrugada.

Del bajo sube el agua finamente pulverizada en las rompientes ¡y me hace tanto bien!... Todo en la mañana es fresco, cándido y suave... La máquina está parada y la luz no necesita vigilancia. Tengo doce horas más, absolutamente más...

LIII

Martes.

Este sol, este cielo azul, este horizonte sin una mancha de barco ni de humo. ¡Este mar chisporroteante!

El mundo es demasiado grande para mí solo. Y he de volver a encerrarme en la torre toda una noche, con el mar abajo, el viento silbando en el caracol de la escalera, las pardelas riéndose de mí, en torno, y la máquina dando eternamente vueltas y vueltas!...

La luz de la lámpara da esta noche mucho calor. El aire sofocante pesa sobre el pecho, y el polvo rojo del desierto se agarra a la garganta.

Estoy harto de estar solo, encerrado y triste. De arrastrar esta cadena de la máquina chirriante, que me sujeta a la torre con el clavo de esa luz.

Yo no soy una máquina sino un hombre, y mi vida vale tanto como la de todas esas gentes que pasan ante el faro riendo, cantando y amando, mientras yo los veo pasar llorando mis tristezas de solitario.

Soy Bachiller y me llamo don Miguel. No he cumplido veinte y tres años, y tengo una madre, una novia, amigos, y una ciudad. Yo no he nacido para pescador, y el hacer pan es una Ciencia que conocen todos los panaderos.

La vida es hermosa cuando se vive, y yo la estoy matando. Es doloroso morir a mi edad por una luz, una responsabilidad y un Reglamento. Fui hombre

antes que torrero, y tengo seiscientas pesetas y mi Juventud.

Me voy. Las luces de los faros se alimentan con sangre, y a mí me resta ya muy poca; y con el sebo de mi cerebro he hecho girar tantas noches la máquina de rotación, que se me ha quedado vacío...

LIV

OBRAS PUBLICAS

Cuerpo de Torreros de Faros
Jefatura de Las Palmas
Provincia de Canarias

N.º 16.

Tengo el sentimiento de participar a V., que al ir a tomar posesión en el faro de..., cumpliendo sus gratas órdenes, recibimos aviso del correo interinsular, que nos lo comunicó por bocina, de encontrarse el faro apagado.

Ante tal novedad, y sospechando algún grave accidente, ordenó el patrón del barco de servicio desembarcar, a pesar del mal tiempo del Sur y de la gruesa marejada que rompía en el bajo, decidiendo acompañarle el torrero que suscribe; encontrando el faro todavía apagado, y al torrero don Miguel

JOSE RIAL

Suárez, que prestaba en él servicio, que en un estado de exaltación verdaderamente lamentable y armado con un revólver, nos amenazó con disparar si intentábamos encender el faro, o hacer andar la máquina de rotación, que, según decía, le estaba moliendo los sesos.

Procuré calmarlo, y a mis ruegos, rodearon el edificio dos marineros, que entraron en él por una ventana, rompiendo los vidrios, y después de asegurar al señor Suárez, cuyo estado considero muy peligroso, subí a encender el faro, de cuyo servicio me he hecho cargo, en compañía de un marinero, al que he contratado, confiando que V. apruebe estas medidas.

En cuanto al señor Suárez, lo he hecho embarcar para esa Jefatura en el barco de servicio.

No obstante, V., con su superior criterio, acordará lo que estime más conveniente.

Dios guarde a V. muchos años.

Faro de... 13 marzo de 19...

El torrero suplente,

Señor Ingeniero encargado de este Faro.

FIN

INDICE

Entre el odio y el desprecio	pag. 5
La herencia del tío Francisco.	» 59
Memorias de un solitario.	» 91

**Se imprimió este libro en la imprenta EL
PRODUCTOR en Santa Cruz de Tenerife
y en los días del mes de Junio de 1936.**
